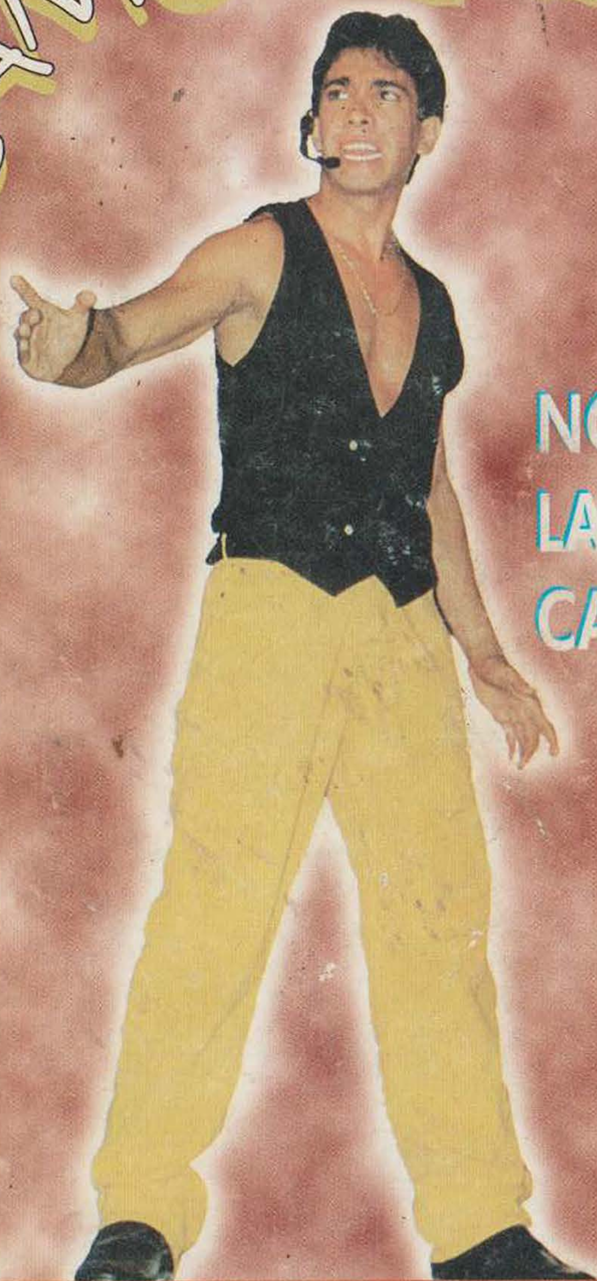
CANTO de DOLOR



NO REPITAN LA CANCIÓN

S/. 10

LA HISTORIA DE Alex Brocca

CANTO DE DOLOR, NO REPITAN LA CANCIÓN

(Historia de Alex Brocca)

CANTO DE DOLOR, NO REPITAN LA CANCIÓN

La Historia de Alex Brocca

Ediciones Volcánicas S.A.C.

Hecho el Depósito Legal Nº 15010399-1661

IMPRESO EN EL PERÚ/PRINTED IN PERU

AGRADECIMIENTOS

- *A mis padres, que me enseñaron a orar en sus 32 años de matrimonio, Rosario y Víctor.*
- *A mis valientes y verdaderos amigos, Gino, Dayal, Manuel, Ricardo y Luis Fernando.*
- *A Henry, Verónica y Jessica. Gracias, hermanos, por aceptarme siempre, tal y como soy.*
- *A Rodas, por compartir mi niñez y adolescencia.*
- *A los tres cerditos y el lobo feroz: Javier, Rafael y a ti, lobo.*
- *A mis engreídas y fieles perritas: Yoly, Monchi y Manuela.*
- *A Mario, por hacer de mis sueños toda una realidad.*
- *A José Martín, ese personaje tan misterioso que se convierte en el ángel que día a día ora por mí.*
- *A quienes hoy me dan su apoyo económico, para el tratamiento que necesito, en especial a ti, que hiciste de esto una realidad; sin ti no lo hubiese logrado, gracias.*
- *A ese ser que supo comprender lo que realmente buscó con esto.*
- *A todos, por mantenerse al margen y demostrarnos ser humanos.*
- *Y a ti, por haberme entregado parte de tu vida, y perdonarme por no haber aprendido que debería, como tú, saber que primero en la vida debo ser yo, segundo yo y tercero sólo yo.*
- *Gracias a mis amigos que días atrás estuvieron conmigo y hoy realmente no sé dónde están...*

LUEGO

La historia que narro a continuación es parte de mi vida, cualquier parecido con algún personaje... no sé realmente si es pura coincidencia.

CAPÍTULO I

SENTIMIENTO GAY

Grito vano de amor me dio su lengua embustera, su cuerpo descorazonado y aquella esencia falaz de amante impetuoso, cuando lo que sólo quería era escupir desamor. Acaso tanto afecto mío calcinó su corazón, ¿o ésa es su extraña forma de desfigurar las pasiones vividas y de negarle un presente a la comunión de nuestras almas? Ahora que no hay futuro de amor que aguarde, tampoco hay recuerdo bueno o malo que resista mi vida sin que lo descargue todo de una buena vez... a mi modo... Justamente en la habitación donde nos juramos amor eterno, estoy viendo mi reflejo en el espejo, bañado en lágrimas. Las palabras fluyen como un torrente sanguíneo, tanto que mi aliento está difuminando mi imagen reflejada, y yo voy internándome cada vez más en el pasado, y tú vas arrastrado en él. Ése es el precio de lo que un día nació para hoy sepultarse. No negará nadie que soy un libro abierto, y quizá le abra los ojos a muchos, aunque no con una linda historia; no importa que parezca falsa o cierta, lo que importa es que cosas como éstas suceden. Puedo cerrar los ojos y atravesar ese oscuro túnel que es mi vida...

"El Alexis es un cabrini, un rarini...", coreaban en el barrio, porque antes que pensar en meter goles prefería los mates y la net; y definitivamente no era como la mayoría de los patas, salvo como Beto, el único amigo y cómplice de mi realidad, de quién se me pegaron rápidamente ciertos amaneramientos. Que me llamaran así daba bronca. No pude con la pelota, pero sí con el trompo

y las bo[illegible]s –algo tenía que hacer para frenar esas piedras–, además de aprender a trompearme, porque al fin y al cabo, viviendo cerca de los barracones, homosexual y todo, tenía que saber defenderme.

Ser o no ser era una idiota frase filosófica que resonaba en mi cerebro cuando los otros chicos del colegio hablaban de chapar a alguna chiquilla y uno que otro se ufanaba con orgullo de sus primeras experiencias sexuales. ¿De qué primera vez podía hablar? ¿De aquella que descubrí tan violentamente?, ni hablar. Martillaba mi cabeza la pesadilla de haber dejado que los hijos de la amiga de mamá, esposa de un judío dueño de una tienda de telas –en el barrio chalaco que me vio nacer–, hicieran conmigo lo que les vino en gana durante incontables sábados que, por desgracia, mi madre me encargaba en esa casa, mientras trabajaba en la tienda del judío, que parecía un orangután rosado. Bajo las braguetas de Abraham, de dieciséis, y Josué, de trece, cuando yo apenas tenía cuatro años, mi boca, antes que saber de un beso dulce en otra boca, supo de otra cosa, amarga y distinta. A tal edad oí por primera vez a alguien llamándome maricón después de haber osado amenazarme de hacer que su perro me mordiera si no besaba y chupaba su miembro. Dos años después –desgracia mía– se repitió la historia con un grandulón de dieciocho que me inquietó a jugar con él y al final me forzó a otra cosa que no era precisamente un juego. Por poco y me parte el trasero. "Ya tu culo está bautizado, la próxima vez te va a gustar este jueguito, búscame, que yo te estaré esperando", me dijo el depravado sin inmutarse siquiera. Regresé a casa con el trasero dolorido y lloré mi tragedia, sin que jamás nadie lo supiera. Ni siquiera el hecho de enmudecer por días despertó sospechas de mis padres, sería que preocupaba más la falta de dinero. Si notaron mi cambio, no tuvieron la prudencia de averiguar el porqué.

No obstante de ese traumático hecho, que me hizo temer salir de casa por buen tiempo, nada acabó con los pocos recuerdos gratos de mi infancia. Siempre diré que mi memoria es nítida desde que tuve tres años. Papá y mamá me recibieron en el mater-

no infantil de Bellavista, una soleada tarde del sesentiuno. Destacan imborrables las mañanas con olor a mar salado, mi madre y su canasta saliendo por la humilde calle Guisse, enrumbando al mercado conmigo de la mano; y mi padre aconsejando que no saliera del perímetro del pasadizo de la casa, porque había mucha gente de mal vivir. Lo que menos querían ellos –paradójicamente– era dejar solo al único hijo que hasta el momento tenían... Imposible olvidar, tampoco, el día que los amigos de lo ajeno vaciaron la casa, barriendo con todo artefacto y enseres que encontraron, incluso con unos ahorros muy bien escondidos. Ese hecho fue un impacto doloroso; pero algo hizo que en adelante reinará más amor, sobre todo cuando nació mi hermano. Papá y mamá eran apristas hasta el tuétano –eso me gustaba, sobre todo cuando había que pintar pancartas–, y el lema era inculcarnos estudio; siempre estaban detrás de nuestros cuadernos y sabían premiarnos, mamá con su suculento plato de tallarines verdes, y papá solía pasearnos en su bicicleta y darse chapuzones con nosotros en las aguas heladas de Chucuito. Mamá no hacía más que procurar prodigarnos cariño y protección, pero a ambos le faltó desconfiar de tanta gente mala que había por ahí. Éramos un hogar pobre pero cargado de alegrías, hasta que éstas se escurrieron –sabe Dios por qué– por la puerta de nuestra vieja casa. Maldije hasta el cansancio que papá nos dejara buen tiempo para irse a trabajar a la selva, cuando más lo necesitábamos; que culpa tenía él, si sólo allá podía ganarse los frejoles. Pobre papá, es menos severo que antes, pero estoy tan distante como si le temiera más que nunca. Sin embargo, imposible negar que, a pesar de todo, sólo quiso mi bien, mas se equivocó tantas veces. Muchas cosas cambiaron y un nuevo sentimiento me invadió en su ausencia.

En el colegio algo hacía que dirigiera una atención muy particular a los chicos, conscientemente quería no desearlo, aunque lo anhelaba; me gustaba contemplar a mis compañeros, mi mirada perturbó a más de uno. Por ahí, de repente, sentía el eco de esa atracción prohibida; era como si nos oliéramos e inmediatamente supiésemos que nos gustábamos, y finalmente, sin proponérnos-

lo, alguna experiencia –que no pasaba de besos, caricias y roces osados– acontecía en el momento y lugar menos imaginado. Esa lucha hizo trastabillar mi cabeza mucho tiempo. Era obvio que difícilmente me gustarían las chicas, pero no quería cargar con semejante verdad; muy en el fondo prefería que las cosas no fueran así, sospechaba que mis padres podrían dejar de amarme por eso. Ahora comprendo que intuitivamente buscaba huir del sufrimiento que me aguardaba, pero no pude. Cuando terminé el colegio ya tenía eso que llaman fama de "raro"; cuando alguien me insinuaba tal prestigio, sabía hacerme el cojudo. Esa opción de vida empezaba a gustarme de algún modo, más por lo carnal que por lo afectivo; sentía que necesitaba ese goce, enloquecía hasta con las caricias en la nalga. Por si fuera poco, había ido a parar –gracias a Beto– al cine Pacífico, donde muchos adolescentes y jóvenes homosexuales aguardábamos la noche para ver a color la pornografía gay, que eran –no miento– escenas extremadamente didácticas para quienes éramos novatos del placer entre hombres.

Hasta ahora, como en ese entonces, he sentido mi entorno plagado de seres como yo, un poco más y creo que el mundo se hará tortilla. Siendo así, cómo escapar. Peor aún, cuando a los quince tuve mi primera pareja –aunque a escondidas–, ya no había forma de no ser como ya era. Me entregué y consideré ésa mi primera vez, echando al fondo de un pozo todo trauma anterior. Esta vez era sexo por puro gusto y sentimiento, y no una violación. Eso sucedió cuando ya cursaba quinto de secundaria, y de hecho fuimos el blanco de las habladurías, a pesar de que, curiosamente, en medio de mis luchas internas –un año antes–, había logrado interesarme por una chiquilla; la seguía y hasta le mandaba flores, pero a ella jamás le importe. Tal inexplicable obsesión me hizo pensar que esa hombría escondida estaba aflorando, pero sólo fue un soplo del viento. En cambio, apareció en mi vida Jean Carlo, un chico antipático como la gripe, incapaz de hacerme imaginar mi primer romance; sin embargo, el día menos pensado, estuvimos en mi casa haciendo tareas y terminamos en la azotea besándonos y pasando un buen rato contemplando el palomar que

allí tenía. Esa sensación nunca la sentí con ninguna mujer a la que me acerqué para escapar de mi homosexualidad. Al siguiente día de aquel episodio apareció él, sentado a mi lado, en mi carpeta, y me pidió que fuera su pareja; más tarde hicimos el amor, nos penetramos hasta el cansancio, y en cuanto pude, con el corazón fuertemente latiendo, fui corriendo a contárselo a [illegible]eto, siempre mi confidente y alcahuete. Según me dijo, él sabía que eso sucedería, porque Juanca –como él lo llamaba– estaba loquito por mí.

Dicen que el primer amor, jamás se olvida, y aunque él fue quien por primera vez estrujó mi corazón e hizo que derramara lágrimas, aún lo recuerdo con cariño. Estábamos terminando la secundaria entre libros y encuentros placenteros hasta en el baño del colegio, cuando llegó el día en que a nuestros compañeros se les ocurrió hacer la fiesta de promoción junto con las chicas de un colegio nacional cercano. Los cuatro gays que integrábamos el salón nos opusimos, picados por los celos, pero ganó la mayoría, y yo perdí a Jean Carlo. Llegó la fiesta; mientras anduve como brigadier en la coordinación de la juerga, él se me escabulló y se fue tras la primera falda que vio, cosa que me sorprendió cuando lo supe. Me arañé y le reproché, sin pensar en lo peor. Él, por supuesto, lo negó todo, pero días después lo pensó mejor y admitió el hecho. "No está bien que yo esté contigo. Soy hombre, lo mío son las mujeres. Si pasó algo fue porque me gustaste, es mejor que terminemos. Por favor olvídame, no tiene sentido que dos hombres estén juntos" *Jean Carlo*, fue la misiva que llegó a mis manos. Devolviendo tan nefasta nota, le pedí que fuera a mi casa, le rogué que habláramos, me sentía una chancaca derretida.

–Entonces, ¿vas admitir que sí estuviste con la tal Lola ésa? –fue lo primero que se me ocurrió decirle–.

–No tiene sentido que dos hombres estemos juntos, seremos infelices. Estuve con Lola y espero estar con otras chicas más. Quiero olvidar que me gustaste y tú deberías pensar igual –dijo extremadamente serio, pero su voz delataba sufrimiento; entonces rompí en llanto que mi padre alcanzó oír.

–¿Qué pasa acá?... ¿Por qué llorabas? Habla Alexis, si algo

malo est. sucediendo, tengo que saberlo –dijo bajando el tono de su voz y s a que yo pudiera mirarle a los ojos. El nunca sabría ni eso ni mu as cosas que me dolieron en el alma.

–Él h terminado con su enamorada y por eso se siente muy mal, señor...

–Hijo, con tantas mujeres que existen en el mundo vas a estar llorando por una... ¡Por favor!

–Es lo mismo que le digo, además tiene que pensar en lo que hará ahora que terminó el colegio –dijo Jean Carlo, mientras yo lo contemplaba mudo, con el nudo aún en la garganta. Cuando papá salió del cuarto me sentí peor, pero disimulé y lo largué–.

Hasta ese momento nunca antes había llorado amargamente por amor. Si bien juré nunca más estar con otro hombre, en el fondo seguía amando a Jean Carlo, y creo que fue por eso que finalmente acepté sus consejos. Él estuvo con Lola y me buscó una chica, no sólo para que olvidara lo que pasó entre nosotros, sino para que nos siguiéramos viendo como buenos amigos. Lo seguía teniendo cerca, qué más iba a perder. Ella se llamaba Isabela, y, en verdad, con su fealdad podía calmar hasta el hipo de un adulto, pero su espíritu alegre me llenaba, y, sobre todo, siempre estaba dispuesta a salir con Jean Carlo y Lola; yo feliz... Eso duró algunos meses, porque luego acepté otra propuesta más interesante: Lola me metía por los ojos a su hermana, lo que significaba que serían más las veces que podría ver a Jean Carlo. Rita era la dichosa hermanita menor, recontra recorrida la bandida; me metió a su casa y se mandó calata conmigo. Realmente no sabía ni cómo moverme con ella, hasta que me armé de valor y la agarré por detrás; aunque me lo pidió no le di chance a hacer lo que ella quería, porque no me provocaba en lo absoluto.

Así pasamos buen tiempo, y, sin que lo advirtiera, Jean Carlo quiso terminar con ella para regresar conmigo. A pesar de mi amor, no le permití esa locura. Con el tiempo supe que ellos se casaron; sigue viviendo por el barrio de mis padres y estoy seguro de que es más feliz que yo.

Desde que Jean Carlo hablara aquello de pensar en lo que

debería hacer después de haber terminado la secundaria, mi padre estuvo como pulga en la oreja, sugiriéndome que lo ideal debía ser que estudiara arquitectura. Comenzaron las broncas con mis viejos, y, por si fuera poco, ya estaba bastante alejado de Beto y los otros. Sentí un vacío que, inexplicablemente, lo llené fantaseando con la televisión. Frente a ella hallé el encanto por el mundo de los artistas y fui convenciéndome de que mi futuro estaba en la actuación, bajo luces y telones; algo me decía que allí me iba sentir como pez en el agua. Daba la impresión de que las estrellas de la tele eran los seres más felices del mundo; qué ingenuidad la mía. Empecé a alimentar una nueva ilusión, quería ser actor, y lo primero que se me ocurría era intentar estudiar en la Escuela Nacional de Arte Dramático. "Cuánto daría por actuar en una novela", le decía a mi madre, que miraba con fascinación a la Pereira en *Carmín*. "Estás loco, te vas a morir de hambre", dijo visiblemente irritada. De hecho, tampoco le causaban gracia a ella mis pretensiones de estudiar teatro. Nunca antes había sentido un ambiente tan tenso en casa. Era la edad que más afectó a mis padres. Medio mundo insinuándoles que su hijo era raro, y yo queriendo ser actor antes que arquitecto. Era como decía el auxiliar de mi colegio, a quien jamás olvide porque era uno más del clan: "En peleas bizantinas no hay quien gane". Entonces opté por mejorar ese ambiente, diciéndoles que había decidido estudiar computación en Cesca. Sacaba buenas notas, pero me llegaba al carajo teclear en la computadora, así que lo dejé y papá aprovechó para insistir en sus planes. Evité más enfrentamientos y me puse a estudiar dibujo arquitectónico en el Metropolitano. Me gustó lo de hacer planos y de que eso me acercara a mi padre, ya que él era maestro de construcción civil; el pobre, de haber podido, hubiese sido arquitecto. Sin embargo vano fue el intento de comunicación con él: indudablemente, pensábamos y sentíamos distinto; ya no era el papá que conocí antes que se fuera a la selva. El curso ése nunca me sirvió y sólo logré decepcionar a mi padre, porque el bichito de querer estudiar actuación picó fuerte hasta que lo hice. Busqué al tío Juan, el único que siempre estaba

pendiente de mí; le rogué para que convenciera a papá. Lo que gané fue su consentimiento, pero, quién sabe, pensó que me desanimaría cuando soltó aquello que me cayó como baldazo de agua helada: "Si tanto quieres estudiar en esa escuela, no nos vamos a oponer, pero te advierto que aún tenemos gastos con el colegio de tu hermano y las cosas están muy difíciles. Tendrás que ver tú cómo continúas con tus estudios si ingresas, porque tu tío ayudará por única vez con éste dinero que él te manda para que postules". Acepté sin chistar, y en cuanto llegué a mi cuarto no hice más que llorar. Sentí la injusticia más grande, no habría dicho lo mismo si hubiera querido estudiar lo que él quería. Por primera vez sentí decepcionarme de ellos. Les había perdonado su descuido en la niñez a pesar de que pregonaban cuidarme demasiado; en cambió esto último dolió por mucho tiempo, era como si dijesen "jódete por cabro o chúpate esa, cómo te quedó el ojo". A lo hecho pecho, otros podían llamarme maricón, pero era de los que cumplían su palabra. Tomé aquel dinero y busqué una pre para postular a esa escuela.

La primera semana en esa academia me animó mucho. "No hay marica a la vista... quizá eso me ayude a ser lo que debiera ser: ¡bien hombre!", dije, respire tranquilidad y cierto aire a cambio favorable; claro que si Beto hubiese escuchado esto, a no dudarlo habría soltado sus palabrotas: "Bota ese troncho antes que digas más huevadas..." El caso es que la ilusión de ser actor era tan grande que fui haciendo méritos. Traté de desprenderme de los amaneramientos porque consideré que era mejor que mis nuevos amigos no lo supiesen, y preferí buscar a una mujer como mi incondicional. Ella era Saly, andábamos para arriba y abajo. Más que una amiga era un amuleto, pues fue ella quien insistió en que me presentara a un casting para un montaje del grupo Terba. Prácticamente me llevó de la mano a la Alianza Francesa, hasta donde estaba el director de la obra. Éste me hizo leer un párrafo, luego pidió que saliera y al cabo de un rato dijo que participaría con un texto de dos líneas en su obra *El terno blanco*, pieza que exponía la historia de un pueblo de pescadores. Juraba que todo empezaba

a marchar sobre ruedas y así fue, salvo un detalle que con el tiempo descubrí. Avanzaban los días y empezaba a conocer de cerca a muchos actores que ahora destacan además como animadores, directores o productores, y a algunos de los que ya no se sabe nada. Conocí a José Enrico Dávila, quien me pareció muy delicado y tímido, más tarde me di cuenta de su homosexualidad; luego a Jhonny Léntora, el bromista y salamero del grupo, al serio Jonás Delaviur y su guapa esposa, así como a Marlene Álvarez, ex esposa de Léntora, entre otros más. No había postulado a la escuela ni cumplido los dieciocho, y ya tenía un trabajito bien pagado, qué más podía pedir. Creía que era mayor razón para olvidar lo que yo creí era mi pasado homosexual. Ingenuamente, pensé que los sentimientos, emociones y, quién sabe, pasiones, serían distintos en adelante. Mi obsesión por la Escuela de Arte Dramático fue tan grande que vencí todos los obstáculos para lograr mi sueño. A medida que mis ganas por esta carrera aumentaban, encontraba a mis padres más indispuestos conmigo. Mientras a otros sus padres le reprochaban porque eran unos reverendos flojos, a mí me recriminaban por llegar tan tarde a casa a causa de mi trabajo en el teatro y por salir disparado sin tomar desayuno para llegar a la academia a las siete de la mañana. Siempre tenían pretextos para renegar por mí.

Lo primero que vi del ambiente artístico es que uno siempre se topa con mil envidiosos y contadas veces con algún colega que sabe estrecharte la mano ante las dificultades. "Por qué no te quedas a dormir en nuestra casa, para que no llegues tan tarde a la tuya y no te vaya a coger el toque de queda", me había dicho Antonio Literas, un señor que me brindó siempre un trato muy paternal. Él y su esposa dirigían un grupo de teatro de títeres y trabajaban también en esta obra. Esa acogida –en la época de Belaunde– me cayó a pelo, porque hasta me ahorre los pasajes; aunque, claro, eso disgustó aún más a mis padres. Aquél fue casi un preámbulo para mi independencia, porque pasaba más tiempo en la calle que en mi casa, sin tener que dar tantas explicaciones. La experiencia en aquella temporada teatral fue valiosísima. Es-

taba frente a los maestros del teatro, captando cada representación que hacían y todo cuanto les veía hacer durante los ensayos. Algo me decía que sólo estando a la altura de ellos recuperaría el aprecio de mis padres, que tanta falta me hacía. Es algo que aún no he logrado, pero todavía queda tiempo... Haré lo posible por destacar en el canto y lucharé por retornar a las tablas como actor. De lo único que estoy seguro es que antes que parta mi voz se hará escuchar.

Llenándome de esas inolvidables vivencias con el grupo Terba, llegó el anhelado día que postulé. Vi mucha gente, entre jóvenes y adultos, pugnando por ingresar. Fue uno tras otro examen. Recuerdo que era un manojo de nervios antes que me llamaran para demostrar cómo estaba en expresión corporal. Felizmente, ya en la prueba todo temor se esfumó. Sin embargo, allí no acababa todo, había que esperar cinco horas para saber si habíamos aprobado; luego vendría un siguiente examen y otros más. Todo estaba de mi lado, logré mi propósito, un triunfo que había que celebrar. Corrí a casa. "Mamá, ingresé a la escuela, lo hice, mamá...", "Ah, qué bueno", fue su colosal respuesta, sin abrazo alguno, ya ni siquiera tuve ganas de mencionárselo a mi padre. Aquello había apagado mi ánimo, y no hubo celebración alguna. Cada vez que en casa sucedía algo así, sospechaba que el desinterés de mis padres tenía que ver con su temor de que fueran ciertos tantos rumores de mi homosexualidad que a sus oídos llegaban. Juro que lo que más quería era no perder el afecto que antes siempre me habían brindado, sobre todo mamá. De papá estaba dispuesto a esperar cualquier reacción mala, porque siempre renegué de que haya tenido que viajar a la selva para trabajar, dejándonos a nosotros con mamá. Él no estuvo casi toda mi secundaria, llegó cuando ya estaba en quinto. En cambio a mi madre no quería herirla en lo más mínimo, seguía dispuesto a quitarle esa idea de mi homosexualidad, con tal que no sufriera ni me rechazara, más aún habiendo caído enferma con pleuresía, un mal que era prácticamente consecuencia de una tuberculosis pulmonar. Por ello el plan estaba trazado, debía buscar una chica, ya no importa-

ban los goces, sino el afecto de mi madre, y si era posible quería una oportunidad para ser distinto de lo que ya era.

Fuimos cuarentiocho alumnos, entre jóvenes y gente bastante mayor, los que ingresamos cargado de ilusiones y ávidos de nuevas experiencias en las tablas. La escuela parecía una casa de locos porque todo el mundo salía con trapos, cosas y maquillajes. En algún rincón siempre había gente haciendo caracterizaciones, sólo faltaban fieras o elefantes para que aquello pareciera un circo. Amaba el lugar, y aunque nos alimentáramos de la ficción, allí mis ilusiones iban asumiendo formas reales. El haber cruzado ese umbral significaba mucho más de lo que había esperado, pues ya podía dar por hecho mi futuro artístico. Las clases de expresión corporal me ayudaron a despojarme de cualquier angustia, mi cuerpo sentía liberarse, mil movimientos transformaban nuestro ser. Hasta los alumnos más tiesos descubrían la flexibilidad escondida y reprimida. Para algunos eran una tortura china las exigencias de la profesora, que a pesar de sus años tenía un dominio único de tal materia. Los profesores, muy estrictos todos ellos, impregnaban el ambiente de la escuela con la mística de la humildad y la valoración del teatro en su justa dimensión. Nos hacían rechazar a aquéllos que etiquetaban este arte como café teatro o teatro comercial, y hablaban con menosprecio de los actores de la tele, cosa que me parecía contradictorio luego de pregonar tanta humildad. Felizmente, eso es hoy letra muerta, porque la capacidad histriónica no tiene limites y funciona en todas sus formas. Aunque la filosofía en materia de teatro que se manejaba en esa época era así de contradictoria, la enseñanza era para mí de primera. Las aristas que uno descubre en este mundo –me refiero a la escuela– siempre tienen marcada singularidad. Todos los que llegamos allí vivimos un verdadero choque cultural. Chicos muy pobres como yo, sin mucho estudio; hijitos de papá muy bien instruidos; ricos rechazados por su familia, pocos muy bien alentados por los suyos; es decir, universos distintos que empezaban a compenetrarse bajo un mismo sueño.

CAPÍTULO II

EL REENCUENTRO CON MI HOMOSEXUALIDAD EN LAS DISCOTECAS DE AMBIENTE

Lo que creí asunto acabado renació, y no podía ser de otra manera, pues, sin proponérmelo, en la escuela ya estaba rodeado de otros homosexuales; sin embargo, aunque tuviera mayor contacto con ellos, no di cabida a ningún hombre. Roberto Aguilar apareció en mi vida tal como lo hizo Beto en mi adolescencia, incondicional y alcahuete. Era compañero de clase, pero sólo al año tuvimos la confianza necesaria para hablar de lo que a mí me podía gustar sexualmente. El primer actor del que me hice amigo fue Edgardo Sierra, director del grupo Paloma, y para variar también gay. El me presentó a Noly Bisso, a quien ya había visto en las discotecas de ambiente que descubrí con Roberto. Ambos hacían teatro para niños, y fue por invitación de ellos que Roberto y yo fuimos a Le privé, una discoteca por la Plaza de la Bandera, en Pueblo Libre. Invité a Manolito Renteras, un chico adinerado con el que andaba de arriba abajo; fue él quien me hizo conocer más allá de mis narices. Hasta la fecha mi itinerario era de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, y de vez en cuando a alguna discoteca; pero con él conocí el centro de Lima, un lugar que me deslumbró, por lo distinto que era de los sitios que yo apenas conocía. Llegamos a esa discoteca muy interesados en ver el show de Noly Bisso, decían que uno de sus números era un himno a los homosexuales. No se equivocaron, cuando lo anunciaron vi por

primera v[illegible] a Noly en su faceta de transformista. Estaba vestido de mujer f[illegible]l, y no pensé que se le pudiera ver tan bien a pesar de su promine[illegible] nariz. Mientras el playback con el tema de Martha Serra Lima, [illegible] *mi manera*, sonaba, Noly, en escena, llegaba a nuestras más prof[illegible]ndas fibras... *Amé, también sufrí y compartí caminos largos... perdí y rescate, mas no guardéee tieeempos amaaargos... ja[illegible]máas me arrepentíii, si amando di todos mis sueños... lloréeee y [illegible]i reíii, fue... a mi maneeeeera... me pueden decir o criticar, si yo aprendí a renunciar... si hay que morir, hay que pasar... nada dejé sin entregar, porque viví, siempre vivíii... a mi maneeera...* Culminaba la canción y se entremezclaba la emoción con la ovación cuando Noly, ya sin peluca, enfundado en jeans y en pose de macho, dejaba escapar sus lágrimas, poniendo punto final a su show. Desde entonces Noly –a quien todo el mundo admiró su talento– fue más amigo y siempre tuvo la discreción de no preguntarme por mis preferencias sexuales. Lo único lamentable de Noly, cuyo verdadero apellido era de origen francés, Leclér, era su adicción a las drogas y su desenfrenada vida en las discotecas, que le ocasionaron más de un problema laboral, pues en más de una ocasión dejó plantada la función. Ni su abuelita podría haber imaginado que quien le dio sus primeras cátedras en asuntos de coquearse era quien ella y él consideraban su maestra en materia artística. Se trataba de una popular animadora de programa infantil, en cuyo taller Noly se entrenó en el baile, y a quien le debía su primer contacto con el mundo artístico.

En medio de esta gentita con la que compartía mi mundo, estaba yo, pretendiendo negar mi identidad, pero todo fue en vano. Por más de haber cumplido el pacto conmigo mismo de estar con alguna chica, cosa que lo conseguí sin buscarlo, difícilmente pude desprenderme de los deseos de estar con otro hombre, más aún sabiendo que en la escuela abundaban los romances gay. Lo que pude sentir por la chica con la que llegué a estar –blanquita por cierto, y de ojos verdes, muy asediada por los chicos– fue ternura, pero jamás pasión. Ella descubrió mi homosexualidad y yo mismo se lo confirme, sin embargo seguimos. Decía que por mi ho-

nestidad me quería más que antes. "No todo está perdido, y tú aprenderás que sí puedes amar a una mujer si te lo propones", era lo que siempre repetía; pero así y todo intentó estar con otro chico y yo preferí terminar. No hubo resentimientos, más bien me regaló algo tan preciado como sus buenos deseos, aunque sé que yo lo único que hice fue partirle el alma con mi verdad.

Esa misma noche de la ruptura, Manolito, Roberto, Edgardo, Noly y yo nos volvimos a juntar en Crhonos, una discoteca cuyas dueñas eran pareja; quedaba en la marina y era exclusiva de lesbianas, pero igual nos permitían el ingreso. Allí conocí a Eduardo, desde que me vio me sacó a bailar repetidas veces. Esa misma noche me besó hasta las orejas y terminamos en la cama. Si cuento que sus besos me enloquecían, penetrarlo era una satisfacción total. Me pidió que fuera su pareja y acepté. Estaba tocando a otro hombre después de casi tres años. Lo que parecía un vacilón fue convirtiéndose en un verdadero romance, tanto así que él llegó a hablar con la chica que había dejado para salir de algunas dudas. Ella le pidió que me cuidara mucho y Eduardo prometió que lo haría. Nuestra relación fue apasionante, pero algo pasó. Era demasiado coqueto, tomaba demasiado, y eso ocasionaba nuestras peleas. Muchas veces lo llevé a mi casa y se quedó a dormir conmigo sin que nadie sospechara nada. Ni siquiera mi hermano, con quien compartía el camarote. Delante de mi familia nos tratábamos como patas y nada más. Me enamoré tanto, que cumplí su capricho de no seguir en el teatro, ni la escuela, porque le molestaba que saliera tan tarde de allí y no pudiéramos pasar mucho tiempo juntos. Ni siquiera me importó el estar trabajando en un elenco que reunía a grandes figuras como Haydé Castro, brillante en drama y comedia; Alfredo Brown, una eminencia del teatro ya fallecida; Pilar Braschi, Wilmer Taiman, entre otros. Debería avergonzarme ahora que lo cuento, pero mi amor sólo me condujo a locuras, y quién sabe a esta agonía que sabré disimularla mientras tenga fuerza.

Ya sin trabajo y sin actividad, busqué a un tío que tenía su tienda de artefactos eléctricos; por suerte me dio empleo. Eduardo iba todos los días a recogerme, y de allí partíamos a las disco-

tecas de ambiente, sólo allí podíamos abrazarnos y besarnos sin inhibiciones, ése era nuestro parque, nuestro lugar fantástico bajo luces, al son de nuestros ritmos. Con el tiempo, la relación se deterioró cuando supe que él me sacaba la vuelta. Nuestras peleas se habían hecho evidentes delante de mi tío, despertando sus sospechas, pues un día él me ampayó llorando después de haberme visto largar a Eduardo. Terminé con él y decidí dejar Lima porque una bomba estaba a punto de estallar en casa. "Se lo voy a tener que contar a tu padre para que te ponga más orden, muchacho", así la amenaza estaba hecha. El temor hizo que no lo pensara dos veces para viajar. Hablé con mamá y le dije que quería pasar unos días en la casa de sus parientes en Trujillo; ella, a regañadientes, aceptó. Lo que no sabía era que yo planeaba desaparecer por la frontera con Ecuador, cosa que por supuesto nunca sucedió. Instalado en Trujillo, medité mejor sobre los últimos acontecimientos. Había luchado tanto por estar en la escuela, incluso me enfrenté a mis padres por hacer realidad mis sueños de convertirme en actor, entonces, por qué estaba dejando de estudiar únicamente por un chico que al final no valía la pena. Decidí que volvería a comenzar mis estudios, esta vez en la escuela de arte dramático de Trujillo. Estaba discontinuado, tras un año alejado de las actividades teatrales, pero pude valerme de mi osadía y salí adelante con mis planes. Sobreviví con el último sueldo que había recibido de mi tío y abusando un poco de la confianza de los parientes que me hospedaron. Ya inscrito en la escuela, las cosas parecían pasar de gris a negro, porque no tenía ni un mísero sol en el bolsillo. Felizmente, otro golpe de suerte, nuevamente gracias a una amiga que gustaba del canto. Fui a dar al coro de la tuna de la Universidad de Trujillo. Me tomaron una prueba y pasé como barítono, sin querer hice algo que deseaba tanto: cantar. Con eso conseguí un dinerito y, no contento, me arriesgue a pasar a ofrecerme como corista en un banco, y me ligó. Iban tan bien las cosas que me atreví a solicitar empleo de relacionista público, y lo conseguí. Era la envidia en casa de mis primos; los pobres eran algunos años mayores que yo y sufrían por el desempleo. Ninguno salió

del asombro cuando conseguí lo del banco. Pero volviendo a lo otro, hasta en dicho lugar se me cruzó en el camino un hombre que me pretendiera, y en el poco tiempo que estuve hubo un encuentro fortuito, justamente con alguien del banco. El tipo era casado y decía que estaba buscando un amante para que le diera por el culo, lo que su mujer no le podía dar. Esa aventura norteña duró poquísimo, pues mi madre, abatida, hizo su aparición sorpresiva por esos lares.

–No sé qué te ha transformado hijo, pero soy tu madre y te quiero de nuevo en casa. Tus hermanas te extrañan, y aunque tu padre está muy mortificado con lo que le contó tu tío, es mejor que vuelvas y allá hablaremos.

–¿Hablar de qué mamá?

–No es la primera vez que alguien cree que tú eres distinto. No quisiera creerlo, pero si tú dices que es así, soy tu madre, tengo que estar contigo.

–Mamá, sabes que he tenido enamorada, ¿por qué tienes que escuchar lo que dice mi tío y toda esa gente –dije maldiciendo por adentro a mi tío, y fue tanta esa maldición que hoy sé que perdió su negocio–.

Pero no fue precisamente el ruego de mi madre, ni las cartitas tan llenas de afecto que me mandaron mis hermanos, sino la noticia de que Eduardo estaba muy mal, lo que me hizo dejarlo todo en Trujillo. Así de rápido como conseguí las cosas, así las perdí. Un día desperté y en vez de ir al banco fui a sacar mi pasaje de vuelta a Lima.

–¿Se puede saber qué haces acá? –dijo mi padre, y su tono agresivo me hizo suponer que enfrentaría lo que mi tío le había dicho, pero no fue así, él jamás tocó el tema. Supuestamente, lo que le mortificaba era que yo haya dejado un buen trabajo por allá, para seguramente meterme de nuevo a lo del teatro–.

–Por lo que veo, haces siempre lo que te viene en gana. Si tenías un buen trabajo por allá, ¿por qué diablos lo dejaste? Si no nos vas a escuchar estás sobrando en la casa.

–Ésta es su casa y aquí debe estar –respondió mi madre, to-

mando mi equipaje y llevándolo al cuarto–.

Tiré la puerta y salí en busca de Eduardo, con la idea de no regresar más a mi casa. Mi pena se esfumó cuando volví con Eduardo, que ya estaba mejor; pero aquello no duró ni dos semanas porque lo sorprendí con el mismo chico por el que terminamos anteriormente. Acabamos y me di cuenta de que estaba más solo que nunca.

Desde aquel entonces no me importó lo que hiciera en adelante. Volví a buscar a la gente de la escuela, y la desesperación de no contar con dinero me llevó a aceptar cierta sugerencia de Roberto. Dando una vuelta por el parque Kennedy, en Miraflores, contemplé el tentador negocio de los "fletes". Bastaba dejar visible la punta de un pañuelo rojo en el bolsillo trasero para que algún tipo, casi siempre mayor, entendiera el mensaje y te levantara en seguida. Hasta en esas andanzas me llevé sorpresas. Por lo que me contó Williams, el más solicitado, por esas épocas un par de señores públicamente conocidos eran los que mejor pagaban, pero para ello había que disimular bien las cosas. Un parlamentario muy distinguido y catedrático de San Marcos –vaya a saber cómo se daba tiempo– y el dueño de una revista de espectáculo, que se inmiscuía sin piedad en la vida de los artistas y que además era gerente de una aerolínea, solían frecuentar el Haití y tomar un café, y con los favores de un mozo conseguían el contacto. Al término del café, Williams o algún gay bien parecido y alto –yo no tengo este último atributo– aguardaba en la puerta de sus respectivos autos.

Había llegado a puto, pero no me importaba, ni tenía cabeza para coordinar mis actos, lo único que lograba distinguir es que por fin aceptaba abiertamente mi homosexualidad. Con el dinero juntado volví a la escuela, y con los contactos de mi buen amigo Roberto conseguí actuar en teatro para niños formando parte del elenco de la obra *El patito feo*, gracias al consentimiento de las hermanas Prado, Mirtha y Yoli, quienes prácticamente le hacían la producción a Arni Olano, conocido en el ambiente artístico como productor de teatro infantil y de café teatros, un sujeto que me tuvo en sus manos como tuvo a todos los chicos que quiso a cambio de trabajo. Arni, quien ya sabía que mi cuerpo estaba cada día mejor gracias a

las máquinas del gimnasio, me aseguró que estaba con el físico ideal para el personaje de la obra de Lito Roca, un veterano y respetado director y actor de café teatros. No se equivocó, ese señor, con sólo verme, dijo que tenía un personaje para mí en su obra *Pecado de Amor*, donde debía hacer un desnudo. Era la historia de un chico pobre, que al embarazar a su pareja decide trabajar en lo que sea, y para su mala suerte consigue trabajo en un local administrado por un travesti, que lo acosa y chantajea, ocasionando una desgracia que acaba con su vida y su felicidad. No tuve reparos en desnudarme delante del travesti, que era caracterizado por Lito. Por primera vez pude ver mi nombre en los rótulos del teatro. Con el pasar de los días descubrí que tanto Arni como Lito de hombre sólo tenían el nombre, eran tan homosexuales como yo, sólo que con fogueada experiencia seduciendo chicos. Lito no llegó a meterse conmigo porque por esas fechas estaba locamente enamorado de un coreógrafo bastante conocido, que estaba a punto de casarse porque, sabe Dios cómo, embarazó a una chica.

Por mi parte, mucho tiempo más la pasé "fleteando" cada vez que me quedaba sin dinero. Es detestable y se me cae la cara de la vergüenza con sólo recordar, pero es preciso vomitarlo, aunque no logre limpiar ni enterrar el pasado.

CAPÍTULO III

ÉL Y YO, DOS MUNDOS INTRINCADOS

Sólo Dios ha de saber de qué barro nos hizo; él y yo somos dos mundos intrincados, jamás sabrá lo que habita en mi interior, ni yo sabré nunca lo que pretendió en mi vida, me tuvo y sentí que me pisoteó como a su sombra. Quise estancarme en su corazón como él ambicionó posesionarse de mi ser, pero ninguno tuvo lo que quiso. Si matices deprimentes pintaron mi vida, con su presencia ésta comenzó a escribirse en renglones torcidos.

Hace mucho tiempo que ya no siento nostalgia del ayer que viví con el ser que me tiene aquí en tan tensa regresión. Y pensar que cada año que cumplíamos juntos recordaba la primera vez que se cruzó en mi camino. Eran aquellos tiempos en que pasaban los días con mi homosexualidad declarada entre amigos de bando, feliz de actuar, de haber reiniciado mis clases en la escuela y de estar alimentándome de un nuevo mundo entre bambalinas. Más de una vez había oído hablar de un bailarín al que consideraban simpático pero bastante cándido y potoncito; decían que trabajaba como locutor en Radio Pachacútec, gracias a la influencia de la esposa de Arnaldo Cadena, reputado actor, a quien tuve el gusto de conocer cuando trabajó en el teatro El Diablo, junto a Lito Roca. Nos hicimos amigos, y fue él quien nos llevó a un grupo de amigos al Palace Atenas, de noche café teatro, y en el día teatro para niños. Las luces y la escenografía de ese teatro dejaban como una zapatilla a la obra infantil en la que yo había trabajado, me fascinó ese resplandor.

Esa unción marcó el día que tuve que cruzarme en el camino de Hernán Pretel –así se llama el susodicho–, quien hacía sus pinitos como actor en esa obra infantil, pero era más conocido como bailarín. Cuando terminó la función Cadena me lo presentó. Confieso que me perturbó su mirada bajo esa pobladas cejas, pero me disgustó su figura afeminada, sólo los de porte masculino podían atraerme.

–Cómo estás ¡Alexis!, dicen que te va muy bien en El Diablo, será que te identificas tanto con ese teatro –dijo con sonrisa pícara, cosa que me enfadó más–.

–Estoy comenzando, eso es todo –dije con el tono más seco que pude–.

A la semana se apareció con una amiga en la obra donde yo actuaba. Esperó hasta el final y se acercó a felicitarme, y como buscando un tema de conversación me habló de la Escuela.

–Me han dicho que tú eres de la escuela, ¿en qué ciclo estás?, que yo me estoy preparando para postular.

–Estoy terminando el segundo ciclo.

–¡Qué bueno!, espero que nos veamos por allá –fue todo lo que dijo y se esfumó en el acto, creo que por lo parco que fui–.

Efectivamente, tres meses después volví a tropezar con él en la escuela, cada vez con más frecuencia, hasta que me resigne a su amistad. Nos veíamos en los refrigerios, y aunque me disgustara su apariencia afeminada, no podía negar que me atraían sus ojos y me hacía muy bien su buen humor. Me parecía atractivo cuando se ponía serio, lo prefería sin su radiante sonrisa. Por espacio de tres meses no pasó, nada, ni siquiera una sola insinuación, hasta que los estudiantes fuimos convocados para un pasacalle por el Día Mundial del Teatro. Después de tan agotadora caminata, Hernán se me acercó y me invitó a su casa, un cuartito desordenado que carecía de muebles. Apenas vi un colchón en el suelo con harta ropa arremolinada encima y un televisor apostado como cabecera del colchón bajo otro tanto de ropa. "Como que le hace falta orden a este cuarto", dije, pero él ni se inmutó, más bien me invitó a acomodarme sobre el colchón ya despejado y prendió la tele. Justo pasaban

una telenovela donde el galán era nada menos que Paulo Martini, el chico que también actuaba en el teatro con una de las [illegible]ado. "Allí donde lo vez, ése es pareja de Toto Vela; una vez, sin querer, los pillé en la puerta del teatro. Paulo le decía a Toto que nunca más quería verlo con no sé qué tipo...", mientras contaba me miraba directamente a los ojos, y aunque imaginaba lo que venía después, estaba como si no me sintiese preparado para ello. "Ven más acá que me muero de frío", dijo abrazándome, y esta vez yo lo miré hasta que nos perdimos en un beso. Fueron tantos los besos, que demoramos en desnudarnos, para que finalmente sucediera lo inevitable. Antes que ello sucediera, cuando apenas empezaba a desnudarse, apago la única luz que había –la del televisor–, y pude notar cómo pretendía que no viera su miembro; él esperaba la penetración. Cuando a las horas prendí la luz, él volvió a cubrir su sexo con las sábanas, me pareció de lo más ridículo. "¿Qué pasa contigo?, si yo sé perfectamente que me estoy acostando con un hombre, ¿cuál es el problema?". Él prefirió callar su respuesta, pasaron diez años con esa extraña manía.

Cuando lo conocí, Hernán Pretel no tenía ni pizca de la fama que hoy tiene, era un simple bailarín que acaba de conseguir participar en una obra teatral para niños. Si algo me fue enganchando a su vida, no fue precisamente una fuerte atracción, sino la ternura con que se me acercó para conquistarme. Ese afecto, que siempre creí sincero, me llevó a amarlo sin darme cuenta. Llegó a mi vida cuando estaba carente de amor, no tenía ni un perro que me ladrara, o por lo menos era eso lo que creía. Si otros me buscaban y hasta me asediaban, lo hacían para pasar un buen rato y nada más, con él todo parecía distinto, a pesar de que desde el principio se atrevió a decirme que sólo quería que fuésemos amantes. "He tenido parejas, nunca amantes. No sé cómo se lleva una relación de amantes, ni me interesa saberlo", y aunque le dijera aquello, buscaba estar a solas conmigo. Francamente yo no sabía si estábamos o no. Juntos, él era pura ternura; ninguna otra pareja me había tratado con tantas atenciones. Sin embargo, cuando se lo proponía era lo suficientemente cruel para sacarme de cuadro.

Cada vez que le hablaba de formalizar la relación decía que no quería que lo presione. En realidad me fui poniendo estúpido a su lado. Cuando se le ocurría salía en mi cara con otros patas, y yo, por supuesto, de la rabia también lo hacía, pero lo que realmente sucedía era que cada día me sentía más enamorado de él. Él me hacía escena de celos, y para mí eso era señal de amor. Mi primer cumpleaños, una noche de junio, fue a buscarme al teatro El Diablo; llegó con un champú de regalo y me invitó a comer. "Lo siento, pero imposible, porque acepté otra invitación", no había terminado de decir aquello cuando la cara se le transformó. Luego de coger y mirar con desprecio un peluche que un admirador me había regalado, dio media vuelta diciendo "gracias por el roche... mañana nos vemos". No me dio tiempo para explicarle que los del teatro habíamos quedado en ir a la Tranquera. Con esas actitudes me sentía amado, pero no lograba entender el porqué de sus agarres con otros patas. Poco a poco fui quedándome a su lado, había dejado la casa de mis padres para irme a vivir definitivamente con él. Por ese entonces comenzó a bailar en una revista musical, para ser más preciso, en la primera versión que apareció de *La jaula de las locas*. Con su nueva rutina descuidó la escuela, al punto que la abandonó, y yo de amante pasé a ser su conviviente. En el Palace Atenas todo el mundo se preguntaba que hacía yo dando vueltas siempre por ahí, hasta que se fueron dando cuenta de que era pareja de Hernán, y a él ya no le importaba que lo supieran. Fueron las pocas épocas que vivimos un romance tranquilo. La pasaba de la Escuela al teatro donde yo trabaja, y de allí a buscar a Hernán en aquel otro teatro que tanto me atraía, era un ambiente distinto al que yo había conocido en Terba y la Escuela, me deslumbraban las luces, las plumas y lentejuelas, prácticamente contemplar el lugar me dejaba idiota.

Definitivamente, ya estaba atrapado en la vida de Hernán, aceptaba su extraña forma de amarme, sus arranques y todo lo que viniera de él. Al igual que al principio, tenía sus arrebatos y yo también tuve los míos. Cuando creía que todo era felicidad, él se prendó de un pata con plata y carro que iba a recogerlo al tea-

tro. Ni corto ni perezoso, yo hacía lo mío para vengarme. Sabía bien que Arni me utilizaba para servir de gancho para sus noches de placer. Conmigo a su lado, siempre encontraba quién quisiera tomar unos tragos en el Nautilihus para luego acabar en su departamento que tenía en la cuadra dos de la avenida Benavides; además era productor, y esa era una forma de ganar mi estabilidad laboral. Al final íbamos cuatro a la cama, pero no dejaba que él se me acercara. Le aceptaba todo menos acostarme con él, porque siempre he tenido buenos gustos, y para hacerlo había que estar extremadamente tomado, y yo jamás me pasé de copas. De cualquier forma veía a Arni como un amigo, pues siempre que peleaba con Hernán podía refugiarme, con el permiso de Arni, en el local del Teatro Pícaro para poder tener dónde dormir.

Así pasaban los días y mi vida empezaba a girar en torno a él. Perdonaba esa crueldad con la que a veces me trataba, pensaba que eso era producto de la soledad en la que realmente siempre había vivido y de las cosas que pasó en su niñez. Era un cascabel y difícilmente solía deprimirse, pero cuando lo hacía parecía más frágil que yo, y no hacía más que recordar tristes momentos. Su vida había sido mucho más dura que la mía. No tenía mamá y no sabía si su padre existía; recordaba un pasado nada grato que vivió en Arequipa, donde perdió a su madre, decía que él y ella tuvieron que aguantar vivir en un lugar donde la familia de su madre manejaba un prostíbulo. Si entre amigos hablábamos de la niñez, el prefería callar, sólo yo sabía el porqué. Aquí en Lima, pese a haber estado bajo el techo de una institución que congregaba a curas y monjas que velaban por la niñez abandonada, experimentó una cruda realidad; al parecer en todas partes se cuecen habas. Conoció a seres entregados al servicio de la comunidad, pero también halló a tipos que bajo su sotana escondían sórdidas intenciones, y él convivió con ambas realidades. Desde adolescente ayudó tanto trabajando en esa institución, que con el tiempo le retribuyeron su esfuerzo mandándole a Chile para hacer unos trabajos de relaciones públicas y le ayudaron a estudiar Educación, acá; pero también cayó en la perversión de algunos tipos

que mejor hubiese sido que los denunciara, porque desprestigiaban no sólo a esa institución, sino a la iglesia. La única pariente que para él existía era su abuela, una anciana que gracias a esa institución la acogió en una casa de reposo. A pesar de las cosas que sabía de ella, supo perdonarla y veló por ella. De cualquier forma para mí, Hernán tenía su corazoncito. Hablaba con sentimiento de los niños pobres que conoció, de la ayuda que en esa institución halló y de por qué no pudo ser completamente feliz allí. Por esas penas que tenía, perdoné su rudeza conmigo. Ni siquiera había conocido un amor de verdad, antes de mí había estado con un abogado bastante mayor que lo sedujo a los trece años y con quien estuvo hasta los dieciséis. Luego anduvo con uno y otro, hasta que, sin darse cuenta, había caído en la promiscuidad. Me imagino que también por necesidad económica. Sentía que no había razón para repudiarlo; al contrario, estaba convencido de que él tenía su lado bueno, por eso lo amé.

Nunca dijo que me amaba, por más que le rogara, su expresión seca era: "Si estoy contigo es porque me importas mucho, eso debería hacerte más que feliz". Sin embargo tenía detalles conmigo, pero igual hacía cada cosa que me removía la azotea, como cuando tuve la mala suerte de accidentarme en la Escuela. En una clase de expresión corporal, al abrirme de piernas, me caí y sufrí un desgarré muscular que me envío dos semanas al hospital. Lo llamaron, porque para nadie era novedad que algo había entre nosotros. Me llevó al doctor de la institución que tanto me había hablado; allí me recomendaron que fuera al hospital para que me sacaran placas, porque temían que podía ser una luxación de la cadera. No podía mover la pierna porque me dolía horrores, la tenía totalmente hinchada, entonces confíe en la preocupación de Hernán, pero, oh sorpresa, cambió de reacción. "Toma cuatro soles para que te vayas al hospital", dijo acompañándome sólo al paradero, y por más que le dije que me acompañara porque me hacía difícil caminar, su "no" fue radical. No tuve más remedio que suplicarle que llamara a mi mamá para contarle lo sucedido. Ella fue a verme al hospital Carrión. Fueron también las herma-

nas Prado, Arni y otros amigos, y hasta un pretendiente que siempre me llevaba peluches, pero Hernán no apareció jamás. Ya repuesto, al tercer mes, le encaré eso en la Escuela. "Si ya tenías quién te fuera a llevar regalitos no era necesaria mi presencia, además sabía que ya estabas bien", respondió con enojo. Nuevamente, en lugar de disgustarme esa frialdad, me conmovió su escena de celos, y volvimos como siempre. Recuerdo que ese día no fuimos a su casa, sino a un hotel, y poco importó que tuviera la pierna todavía dolorida, igual nos entregamos.

Un amigo común de los dos, Charlie Meza, que también era del ambiente, decía que Hernán era un caballo salvaje, y como tal tenía que aprender a domarlo. Eso hizo que yo siguiera unido más que nunca a él, pues me había hecho tantos desplantes que no le iba dar el gusto de que me dejara así. Repentinamente fui yo quien cambio, me volví más explosivo y lo cuadraba cuando algo no me gustaba, ya no era el débil; creo que siempre me prefirió así, por lo menos hasta antes de hacerse famoso. Después de ese asunto pasó mucho tiempo para que yo aceptara irme a vivir de nuevo con él.

Volví a la Escuela, pero el golpe del fujishock nos sacudió a todos. Después del accidente no pude hallar durante buen tiempo algún cachuelo en el teatro, y, por si fuera poco, Hernán también se quedó sin trabajo. Éramos el hambre y la necesidad unidos sin saber qué hacer, alimentándonos sólo del amor que nos teníamos, amor que a veces sabía al mejor manjar y, otras, a comida avinagrada. Fue entonces que Hernán comenzó a trabajar como transformista en shows de las discotecas de ambiente. Eran épocas en que almorzábamos arroz con huevo frito y lateábamos, porque ni siquiera teníamos para el micro. Muchas veces, sólo para acompañarlo, íbamos a pie desde su casa, en la cuadra doce de la avenida Arequipa, hasta la avenida Aviación, donde aún queda el Perseo. Yo ya no sabía cómo conseguir dinero para los gastos de la Escuela; ambos habíamos "fleteado" para contar con algunos billetes, pero ninguno de los dos estábamos de acuerdo en seguir con eso, así que no me quedó más remedio que aceptar sus sugerencias: "Si no quieres morirte de hambre tienes que bailar,

necesitaba para comenzar una nueva vida. Me acostumbré a esa convivencia con sus defectos y manías, ya lo amaba y podía superarlo todo. Aunque él moría por vivir y respirar como mujer, era un desastre en cuestiones domésticas. Era extremadamente desordenado, yo veía hasta por su higiene, lo bañaba, lo cambiaba y me encargaba de su comida y los trastos en la cocina. Me imagino que lo acostumbré tanto a esas cosas, que tal vez por eso se aferró a mí. Pero, como siempre, los celos invadieron nuestra intimidad, pues a esa dichosa pensión llegaban la Cox y Tinoco, dos transformistas que ahora son archiconocidos. Con la Cox siempre tuve diferencias porque supe –por boca de Hernán– lo interesado que estaba en él; hasta juraría que fueron pareja. Entonces su sola presencia me ponía la piel de gallina, pues era descarado y buscaba llamar la atención de Hernán a pesar de lo que un día pasó en la discoteca Zeus, donde por desgracia trabajaron los dos.

–¡Oye maricón!, me devuelves el lápiz que te presté o te rompo la cara. No te di cualquier cosa, es un revlon, y lo necesito ahora –había amenazado histérica a Hernán delante de los demás. Por supuesto, él le dijo un par de groserías, justo cuando yo hacía mi aparición luego de escuchar los gritos de la Cox–.

–Desgraciado, que rayos buscas con Hernán –dije tomándole de los hombros para voltearla y le zampé un puñete en la boca cuando ella acaba de lanzarse sobre Hernán para pegarle–.

–¡Maldito!, vas a saber quién soy yo –gritó ensangrentado y cogió una botella que rompió en el acto con el propósito de cortarme. Hernán y otras personas tuvieron que separarnos. Luego en la casa fue otro infierno.

–¿Qué mierda tenías que meterte? –dijo en vez de darme las gracias–.

–Si alguien se mete contigo se está metiendo conmigo, no voy a permitir que nadie te haga nada.

–Carajo, ése es mi problema, no tuyo. Ahora voy a tener más problemas con la Cox.

–Eso te preocupa más, ¿no es así?, vaya a saber qué más pasó entre ustedes y qué hacías con sus chucherías para que te

deja que te prueben en el Perseo", y así fue que, por casualidad, me hice bailarín en las discotecas de ambiente, y más tarde transformismo, cosa que nunca me hizo feliz, a diferencia de Hernán, que con eso revoloteaba feliz como abeja en su panal. Ese trabajo nos unió más, porque cuando comencé a bailar Hernán supo lo asediado que era, y cuidó más nuestra relación. Pese al trabajito ése, el dinero no alcanzaba; Hernán tuvo que abandonar el cuarto, pero, por suerte, la madre de una animadora muy popular, que lo conocía desde sus épocas en Arequipa, le alquiló a precio huevo un cuarto de la casa que su hija le había regalado. Hasta ese lugar, que quedaba por Tomás Marsano, yo podía llegar sólo como visitante; allí se alojó Hernán con un primo, y sólo cuando ese pariente dejó el cuarto pude pasar varias noche, hasta que Hernán se mudó a la pensión de Bonnie Choy, una actriz que había sido también muy popular en sus buenas épocas. En su casa residía la crema y nata del ambiente gay que pululaba en los café teatros. Allí conocí a Edilberto Mamani, más conocido en el ambiente como Pacho Perret, un transformista que tenía que recursearse como productor de obras infantiles, ya que por su pinta de cholito era discriminado en la mayoría de discotecas de ambiente, pues en el único sitio donde le dieron bola fue en Zeus, allí podía ingresar gente de menos nivel. Pacho hacía delirar a los vendedores ambulantes y a los hijos de los reyes de la Parada, tenía su jale entre la gente chicha. En el cuarto de Pacho y su pareja, que no tenía que ver para nada con el mundo artístico, solían juntarse los transformistas más conocidos del medio. Además de la Coco Cox y Memín Tinoco, iban Tony Rodrigo, un chico loquísimo que tiene pasta de comediante; así como un hijo, y su hermano materno César Torre, los morenos del clan, que también sobresalen en la farándula gay, paraban clavados en el lugar todos los fines de semana.

Fue allí donde realmente formalizamos nuestra vida de pareja. Tenía 21 años cuando definitivamente dejé mi casa para siempre y me mudé a vivir con Hernán; cargué con un par de pantalones, algunas camisas y mis prendas interiores, era lo único que

reclamara tanto –le increpé furioso, y creo que fue la primera vez que le puse la mano, de pura rabia–.

Frente a mi violencia, él tenía cada salida, jamás me devolvía el golpe: "Ay cholito, por esa loca que ya esta pelona no nos vamos a estar peleando". El rollo de nuestra discusión daba un giro de ciento ochenta grados. El tema era la Cox y él se disparaba a rajar de Memín. "Dice la Tinoco que se va a Milán a trabajar y a hacerse una conchita, ponerse tetas y algo de poto. Pero bien que tendrá que putear para conseguirlo. Todo lo que está haciendo sólo porque se muere de la envidia que la Cox sea siempre la transformista más popular". Dicho y hecho, años después reapareció la Tinoco hecha un mujeron llamando la atención de la prensa como transexual, cuando la verdad era que escondía bien el secreto entre las piernas. Hizo ruido con su reaparición, y para envidia de sus coleguitas vino cargada de dinero; se buscó un departamento ficho, llenó su ropero y trajo lo mejor en vestuarios para su shows. ¿De dónde sacó tanto dinero?, sólo lo sabe el gran bonetón, porque su marido es más misio que ella, y ya lo han visto taxeando, no es el magnate que ella pregona.

Volviendo a la presumida de la Cox, la historia aquélla no terminó ahí. Al día siguiente que Hernán volvió a su rutina diaria, lo aguardaba Toño, un tipo corpulento que convivía en esa época con la Cox. Por suerte yo le había dado un paralyzer para que se defendiera la próxima vez. Ese sujeto se le fue encima por el asunto del día anterior. Sin embargo nunca supe qué rayos sucedió, porque hasta ahorita Hernán y la Cox se hablan como si se apreciaran de toda la vida. El caso es que muchas veces más tuve líos con la Cox, pero aun con todo no podía negar que cuando la veía en el escenario la admiraba. Ni la Tinoco ni la tal Natali Li, que apareció con envidiables atributos físicos, han podido igualarse a la Cox. Nadie como ella hace vibrar el escenario. Ella tiene carisma, ritmo y tal energía, que a pesar que ya asoma los cuarenta sigue siendo la reina de los transformistas.

Con tantas locas revueltas, aquella casa fue el blanco de las habladurías, cosa que a la dueña verdadera –Bonnie subarrenda-

ba– le bastó la impuntualidad en los pagos para un buen día lograr desalojar a todos los que estaban en la casa. A nosotros nos avisaron cuando acabábamos de llegar a la discoteca. Hallamos nuestras cosas regadas en la calle, junto con las de los demás, que ya habían empezado a trasladarse. Hernán se puso pálido y hasta casi se me desmaya, no tenía dónde pasar esa noche, y yo, por supuesto, no podía llevarlo a mi casa. Inmediatamente alguien nos pasó la voz y dijo que doña Isabela Flores, una actriz madurita ligada aún al Palace Atenas, estaba ofreciendo pensión. Nos fuimos para allá, pero ella prohibió que cada quien viviera con su pareja, quería chicos solos. Por buen tiempo preferí irme a la casa de Charles, un dibujante con quien Hernán y yo hicimos buenas migas. Mientras tanto Hernán se quedó en esa pensión, pero pasaba la noche conmigo en casa de Charles. Por ese entonces empezaron a mejorar las cosas porque a Hernán le empezaron a salir varios trabajitos en teatros para niños, tanto en el Palace como en El Cholíbiris, mientras que a mí me ligo con Fito Gala, uno de los dos productores de teatro comercial más destacados de Lima. Me di el gusto de participar en su elenco durante varios años, hasta que por desgracia el Sida acabó con su vida.

Con las cosas a nuestro favor, pudimos volver a tener nuestro refugio alquilando un pequeño departamento en La Calera, donde con la justas duramos un mes; al poco tiempo pasamos a vivir por las últimas cuadras de la Arequipa. Como toda pareja, compartimos los gastos y procuramos hacer compras para nuestro nuevo hogar. A él le fascinaba comprar chucherías de Tacora, donde conseguía antigüedades para decorar la casa, y en verdad era lo primero que apreciaban nuestros amigos cuando nos visitaban.

Estábamos ya casi en el cuarto año de nuestra relación, todo marchaba a pedir de boca. Hacíamos teatro y a la vez seguíamos con nuestro show en diferentes discotecas de ambiente. De bailarines, cada quien había pasado a protagonista, hasta fuimos contratados para acompañar en la coreografía a Lita Treyes, una revelación juvenil que sonó por esas épocas. Uno de los últimos trabajos que hicimos fue en El Gitano, un lugar que hacía latir mi

corazón, porque una vez, para el Día de los Enamorados, él preparó una sorpresa. Me dedicó su show, habló de lo mucho que significaba en su vida y me besó en público, y hasta me regaló las fotos que dejaron impregnado para siempre esos momentos que aún no logró borrar de mi memoria.

Era demasiada hermosura de vida para ser realidad. Vuelta vinieron nuestras broncas y hasta aparecieron celos de otro tipo. Me volví un poco rabioso, y por querer que Hernán cambiara me acostumbré a golpearlo. Haber ingresado al elenco de Fito significó un cambio en mí. Medité y pensé que lo más conveniente para Hernán y para mí era que debíamos tratar de trabajar en espectáculos de otro nivel, como el de Fito, por ejemplo. Mi forma de ver las cosas se transformó. Empecé a preocuparme mucho por dar una buena apariencia a los demás, y quería que Hernán también lo hiciera. Comencé a batallar con sus malos hábitos. En realidad era muy descuidado, iba con el mismo buzo toda la semana y su olor no era nada grato, cosa que contrastaba con sus cualidades en el escenario. "Cholito, deberías vestirte mejor, le decía, la gente como te ve, te trata"; pero a él le llegaba al rábano. "Soy como soy", gritaba. Cada vez que salíamos con lo mismo terminaba repitiéndome su rollo de siempre: "Ya me tienes sonso con eso... quieres que esté como tú, que ahora te tiras la plata en ropa en vez de pagar el alquiler de la casa... si te apesto puedes irte" Tenía razón, a veces yo era irresponsable con los pagos, pero él era terco y no aceptaba consejo alguno. Así era imposible que nos entendiéramos, y en verdad necesitaba vestirme mejor porque era lo que exigía Fito, no permitía que su gente estuviera dando mal aspecto; ahora pienso que quizá por eso nunca puso sus ojos en Hernán para jalarlo a su elenco. Charlie Meza, otros amigos más y yo siempre lo recomendábamos, pero nada. Además, pese a que Hernán era un adicto a la lectura y yo, en cambio, bastante inculto a su lado, él se mostraba muy chabacano, no sabía comportarse con gente de otro nivel, francamente era muy chusco, ni siquiera se bañaba diariamente. Lo peor de todo es que por esos tiempos se ganó otra mala reputación que al final le haría

poner las barbas en remojo y acabar con ese ambiente de locas conflictivas. Para su mala suerte, lo había llamado André Tirado, un híbrido que le entraba a las mariconadas, que negociaba droga y que hasta la fecha es un proxeneta de alto vuelo; pero por aquel entonces andaba desesperado por darle un hijo a su esposa, que tenía ganada fama de lesbiana. Éste puso a Hernán en el escenario al lado de un trío de argentinas que había arribado a Lima, para calentar el ambiente, que últimamente estaba carente de buenas nalgas sobre la tabla, y cuando de repente una de ellas puso el grito en el cielo por la desaparición de una tanga, las malas lenguas acusaran a Hernán, provocando que André lo botara en el acto. Herido en lo más recóndito de su orgullo porque lo creyeron amigo de lo ajeno, sin prueba alguna, Hernán juró dejar de trabajar como bailarín, para competir de igual a igual en el escenario con el tal André, que rayaba con su transformismo.

Sólo así tranquilizó por buen tiempo sus ímpetus y los míos, sin embargo, distinto como era, lo amé, aunque las infidelidades entre los dos siempre estuvieron de por medio. Él también me mantuvo a su lado a pesar de que siempre tuve con quién reemplazarlo cada vez que peleábamos y de no gustarle mi cambio y mis reproches. Procuró por su lado elevar su nivel artístico, se arriesgó a montar una obra para cuya escenografía desmanteló nuestro departamento, no le fue nada bien, pero yo aplaudí su valor, aun cuando en escena me opacara porque él quería ser el único protagonista. Era difícil trabajar con él. Eso lo decía todo el mundo y él lo entendía perfectamente, además sabía que estaba negado para la actuación. Por eso siempre planeaba qué show individual podría hacer que le permitiera contar sus chistes, porque para eso sí que es genial. Así fue que se le ocurrió crear personajes –que, para variar, siempre eran mujeres–, e interpretándolas aprendió a periquearse a más no poder. Hizo de chinita, zamba, rubia y al final de pollerona, sin sospechar que con ésta última había sacado su boleto a la fama, y por fin aquella mujer que llevaba dentro. Aquél fue para mí el rumbo de partida a una odisea mayor. Un día menos pensado, a los Petrozzi, dueños de la discoteca donde trabajá-

bamos, se les antojó hacer un concurso para elegir lo mejor en shows en el Perseo, y se dieron el gusto de tener como jurado nada menos que a John, el imitador, y su esposa, una conocida vedette extranjera, a quienes verdaderamente Hernán les debió, eternamente, el despegue de La Chula Ruperta, así se llamaba el engendro ése que vendría a complicar nuestras vidas. Aquélla se metió el público al bolsillo, y no sólo salió ganando el concursito de marras –donde yo me pulí con mi escenificación dramática El Payaso, un tema de Raphael, otro canto a la homosexualidad, con el que quedé segundo–, sino que la condenada conquistó al imitador, quien cautivado por su verborrea cómica le ofreció trabajo en su revista musical.

Cuando nació La Chula Ruperta fui el primero en aplaudir, en cargar sus polleras y las tetas que yo me esmeraba en rellenar, todo con tal de ver feliz a Hernán. Compartir escenario con ese imitador no era poca cosa, era subirse al vagón de las grandes oportunidades. Allí su talento en escena corrió como reguero de pólvora entre el público, que comenzó a llamarlo para shows privados. Por suerte, por primera vez Hernán empezó a cuidar su apariencia, pues la esposa del imitador, que además de vedette se decía productora, no soportaba a la gente descuidada, ni aguantaba pestilencias entre su personal, todo el mundo debía tener el mejor aspecto posible. Hernán hasta comenzó a usar perfumes y a bañarse obligado con mayor frecuencia.

Al poco tiempo de estos nuevos sucesos, empecé a notar un cambio abrupto en Hernán; parecía que con tanto trabajo su carácter se tornaba cada vez más insoportable. Empezó a creerse la última Inca Kola del desierto; me trataba como a sirvienta y me agarraba cuando le daba la gana, a plena luz del día, y en la noche tenía el desparpajo de coquetear con cuanto curioso la buscaba en el Palace, donde se exhibía el show del imitador. Disfrutaba verme retorcerme de celos, tanto que a veces llegué a pensar que lo que más le excitaba eran mis golpes y no mis caricias, porque fue tanto su descaro que dejó que lo pillara saliendo del teatro con un tipo cara de sapo, sabe Dios con camino a dónde, porque ni modo

que se fueran a tomar un par de chelas. No soporté tal humillación, cogí mis chivas y lo dejé, supuestamente para siempre.

Busqué refugio nada menos que en casa de quien comenzaba a pretenderme por esos días. Se llamaba Juan, un tipazo que andaba prendado de las transformistas, y al que había conocido cuando inició su romance nada menos que con la Cox. Él me había hecho sus primeras insinuaciones cuando iba al Perseo, donde tuve que hacer transformismo. Sin embargo, antes de meterme a la cama con él le aclaré el asunto: "A mí no me gusta esa vaina de ponerme trapos y pintarme como mujer, de repente no soy lo que tú quieres". A él le dio igual, porque dijo que era lo suficientemente moderno como para dejarse penetrar y penetrarme si yo me animaba, y francamente con él me gustó esto último, hacía buen tiempo que no sentía un buen pene entre mi trasero. Pero confieso que ni aún así podía quitarme a Hernán de la cabeza. Estaba a punto de pedirle que volviéramos porque lo extrañaba, cuando la desgraciada de la Cox me facilitó las cosas. Enterada del asunto con su ex me hizo escándalo, y yo, por supuesto, se lo encaré a Juan, y el se defendió: "Cómo jode ésa. Te juro que una cosa es verla con maquillaje y peluca y otra es verla en la cama con sus cuatro pelos y la cara lavada, con la histeria encima. Antes podía acostarme con ella, pero ahora es imposible, me repugna su aspecto", decía, y rejuraba que lo único que quería es ser mi eterno amante. Mientras que la Cox, no contenta con su escándalo, fue con su cuento donde Hernán, pero cómo le quedaría el ojo, porque en vez de mostrarse furioso –porque de hecho lo estaba– fue a buscarme después de mi función con Fito Gala y me pidió que olvidara nuestra pelea y regresara con él. Nunca más volví a ver al tal Juan, y la Cox jamás consiguió retenerlo a su lado. Por envidiosa pasó buen tiempo en busca de una pareja estable, pero lo único que encontró fue un gigoló que fungía de modelito, y que hoy está tras las rejas por vaciarle la casa a una de sus víctimas, que enamoró cuando la conoció en un talk show, con la que le puso los cachos a la Cox. Recién ahora, que nuestras peleas quedaron en el pasado, la Cox se consiguió pareja, y ya lleva buen

tiempo con el tal Leche, vaya nombrecito.

Con tal reconciliación pasamos estupendos días en la cama, como si todo fuera a cambiar, pero mis días de grises pasaron al negro total. Desde que volvimos Hernán se volvió un maniático sexual a morir, si me dejaba respirar era para atender la cocina o alistar su ropa y sus polleras. Pero en vez de seguir teniéndome a sus pies me transformó: hizo que mis reacciones fueran cada vez más violentas porque me sentí vilmente usado, había harto sexo, pero no el afecto que yo siempre esperaba de él. Entonces, cuando me llegaba su actitud, lo agarraba a golpes y ni siquiera se defendía, sino que iba como una niña donde Calín de la Torre, el productor de la obra infantil donde trabajábamos, testigo de esta tormentosa relación. El pobre se jalaba los pelos cada vez que Hernán le iba con el cuento de que yo lo maltrataba. Me decía mi vida a colores y le aconsejaba que me dejara, pero cuando menos lo imaginaba nos veía cual tortolitos. "Ustedes me van a volver loco, un día quieren matarse y al día siguiente están como si nada hubiese pasado. ¿Quién los entiende?, lo que es yo, ni más me vuelvo a meter en sus líos, porque el único que queda mal parado soy yo", decía, y nosotros nos vacilábamos, nunca vimos a un amigo preocuparse tanto por nuestra relación como lo hizo él.

Cuando a ese paso, tormentoso, seguía nuestro romance, sorpresivamente me puse tan mal que me vi obligado a dejar la obra infantil de Calín, donde trabajaba Hernán, quien siguió en ella un buen tiempo más. Apenas pude cumplir con las funciones de Fito Gala. En una semana había perdido casi tres kilos, empecé a sentir cierto agotamiento, y frente al espejo vi desaparecer esa musculosidad de la que me sentía orgulloso; pensé que era producto de tanto trajín sexual con Hernán. Ante tan mal aspecto le imploré a Hernán que me llevara aunque sea al hospital donde yo ya tenía un historial clínico. Esta vez se portó bien y me acompañó al hospital Carrión del Callao, cuando yo parecía muerto en vida, porque ya llevaba tres días con fiebre y una severa diarrea. Estaba tan mal, pero no se por qué rayos demoraron en atenderme. Primero tuve que pasar por un chequeo general para que lue-

go me derivaran a gastroenterología. En ese lugar que olía a penicilina me hicieron una serie de horrorosos exámenes, y cuando fui por los resultados dijeron que todavía hacia falta una prueba de Elisa, que era parte de la rutina en los chequeos, cosa que increíblemente no me hizo sospechar que se venía lo peor. Fui como cuatro veces con Hernán al Hospital, y no sólo hice una sino dos pruebas de ésas, sin que hasta la fecha me dieran una respuesta concreta sobre lo que tenía. Fue justo el quinto día que tuve que ir solo al hospital, cuando me dieron la nefasta noticia. "Sus dos últimas pruebas de tamizaje para ver una posible infección viral salieron reactivas (o positivas, que es lo mismo), lo que significaría que posiblemente esté infectado con el virus del Sida. Por favor, no tome la noticia al pie de la letra, aún hace falta una prueba confirmatoria, que es mejor realizarla dentro de un mes. Esa prueba es la de Westerm Blot –semejante nombrecito se me quedó grabado para siempre–, pero antes es preciso que escuche a la psicóloga y asista a las terapias grupales". Antes que terminara de hablar mi cara estaba empapada de lágrimas, gritaba en medio de lo que creía una pesadilla, me desubiqué tanto que ni cuenta me di de que ya estaba en otra oficina, frente a una tipa alta y muy risueña, con sus hoyitos en la cara que me hacían recordar a una tía querida. Ella, ni bien me vio, me tomó de las manos y me pidió que la escuchara con atención. Su delicadeza me conmovió, no tenía la frialdad que sí había notado en los otros médicos de aquel lugar.

–Si dicen que aun hace falta una prueba, ¿por qué demonios ya me están tratando como si fuera un sidoso?

–Se equivoca, sólo queremos ayudarlo. Voy a hacerle algunas preguntas directas para poder saber lo que está ocurriendo. Después podremos hablar de lo que Ud. desee.

–¿Considera que ha llevado una vida sexual normal?

–Soy homosexual –dije en el tono más bajo posible, agachando la cabeza–.

–¿Tiene pareja?

–Sí.

–¿Está afuera?

–Esta vez vine solo.

–¿Ha notado problemas de salud en él?

–Tiene una tos seca que siempre lo molesta, con frecuencia transpira mucho por las noches, pero no ha tenido nada por lo que haya estado cama. Los dos hemos bajado de peso, pero supongo que es por el descuido en nuestra alimentación. Estamos trabajando mucho, las cosas se han puesto difíciles en el país, nadie debería darse ese lujo de enfermarse... Esto me asusta mucho, doctora.

–Pues bien, es necesario que convenza a esa persona para que se haga la prueba. Mientras tanto, si se confirmase lo que sospechamos, usted tiene que decidir si realmente quiere vivir el resto de su vida o prefiere morir el resto de su vida. Tiene que quedarle bien claro que la medicina está logrando avances, pero en este caso específico el aporte para una mejoría y resistir mucho tiempo más tal mal, es necesario que el paciente ponga todas sus ganas de vivir y lo haga con positivismo. Cuando pase a las terapias grupales podrá darse cuenta de que hay muchas personas con apariencia muy saludable que son portadores. Ellos están logrando mantenerse así gracias a lo que le acabo de decir.

Para cuando terminó de hablar ya mis lágrimas se habían secado y ya eran alrededor de las dos de la tarde. Me dijo que me quedara a almorzar para que pudiera asistir a la terapia grupal que justamente iban a tener ese día los paciente seropositivos. No comí casi nada, y ni siquiera podía pronunciar bien palabra alguna, hasta que por fin tuve frente a mí ese grupo de pacientes. En verdad, había personas, entre mayores y jóvenes, con mejor semblante que el mío, incluso vi a algunas madres de familia. Viéndolos era difícil imaginar que podían estar con tan terrible enfermedad. Eso fue suficiente –gracias a Dios– para darme cuenta de que la psicóloga tenía toda la razón del mundo. Lo menos que debía hacer era deprimirme; no fue fácil, pero traté a toda costa de no perder la sonrisa.

En la puerta del hospital la angustia quiso dominarme, pero logré controlarme. No se me ocurrió otra cosa que ir directamente donde mi madre. Entré por esas polvorientas calles del Callao y por un momento se me pasó por la cabeza no ir donde mi madre,

sino caminar hasta dar con el mar, caminar sin parar, sumergir este cuerpo –que dañé– sin dejar respirar hasta desaparecer en su profundidad. Nadie se hubiera percatado de lo sucedido, salvo Hernán, que de hecho confirmaría el motivo de mi suicidio con sólo indagar en el hospital. Dejé de fantasear y recordé las palabras de la doctora, yo tenía que decidir vivir el resto de vida que me quedaba. Además, lo amaba tanto que con sólo estar a su lado podía resucitar de la misma muerte. Corregí mi ruta y pensé bien lo que debía decirle a mi madre, de ninguna manera podía confesarle mi homosexualidad por más que ella lo sospechará, ni mucho menos debía saber que tenía pareja. Cuando la tuve en frente, con una serenidad que hasta ahora me asombra, le dije lo que había pasado en el hospital. La pobre se echó a llorar, y no hubo más remedio que también confesárselo a mis hermanos. Les dije que era muy probable que alguna tipa de la calle con la que me acosté me transmitiera el mal, y que como tal debía asumir esta consecuencia. Por más que me pidieron que volviera a casa, les rogué que me dejarán seguir mi vida como lo había hecho hasta ahora. Traté de convencerlos de que a pesar de todo yo tenía demasiadas ganas de vivir, quería seguir trabajando, y por lo tanto no tenían por qué preocuparse. Les prometí que me iba someter a los tratamientos, pero rogué que por nada del mundo se lo dijesen a papá, él difícilmente comprendería esta situación, iba a sufrir más que mamá y mis hermanos. Dejé a mi madre con el alma destrozada y fui en busca de Hernán. A mitad del camino, nuevamente me infundió el temor y la angustia, no iba a aguantar que Hernán me rechazara en cuanto lo supiese; pero igual tenía que enfrentar esta maldita realidad. Tenía que saber que posiblemente él también estaba contagiado.

Lo busqué en el teatro y fui corriendo hasta su camerino, pero me topé con Totito, un negro que espantaba con su seriedad a cualquiera, pero Hernán y yo le teníamos entera confianza. No pude disimular mi angustia y se lo conté. Le dije que no iba resistir si Hernán me rechazaba, que me sentía el hombre más desdichado de la tierra. "Pucha, entiendo tu desesperación". Totito es-

taba absorto, no lo podía creer, me miraba con esos blancos ojos que habían enrojecido de pronto. "Hermano, tienes que hablar con él". En medio de tal congoja entró Hernán, que acababa de terminar su show. Tiró sus trenzas y empezó a sacudirme, cuando vio que estaba en un mar de lágrimas.

–¿Qué pasa cholito de mi vida?, ¿qué sucedió? –dijo asustado; a mí ya no me salían las palabras, la emoción me ahogaba. Entonces Totito le dio la noticia de golpe.

–En el hospital le diagnosticaron Sida.

–No jodas. Ay mi Dios, qué vamos a hacer –me abrazó y sentirlo así alivió mi corazón–.

–Vámonos para la casa –dijo, y tras tomar sus cosas se despidió de Totito y volvimos al cuarto sumidos en un silencio profundo. Ya en el cuarto, no hablaba, caminaba de un lado para otro, mientras yo le daba detalles de lo que me habían dicho en el hospital–.

–Tú también tiene que pasar la prueba cuanto antes –le dije, pero eso le sonó a látigo–.

–¡Diablos!, no tengo por qué hacerme eso si no quiero.

–Sabes que es necesario que lo hagas, esa tos seca y tanta transpiración pueden ser la señal. Tienes que hacerlo, si no lo haces estarás más intranquilo.

–Cómo chucha no voy a estar mal si nunca hemos sabido usar condón. Ay carajo, no, nos puede estar pasando esto, justo ahora que tengo esperanza de hacer realidad mis sueños, no, no... –gimió largo rato, y, al paso que lo hacía, no sé por qué, pero me sentí el gran culpable.

–Si fui yo quien te dañé, si quieres mátame cholito, pero no me dejes.

–Sea lo que sea tú y yo tenemos que estar más juntos que nunca. En las buenas y malas, no podría dejarte jamás, sólo te tengo a ti. –dijo, y el alma me volvió al cuerpo al oír sus palabras.

En verdad, sentirme amado, en ese momento hizo que repentinamente me reconfortara, cesaron las diarreas y la fiebre. Aquella noche la pasamos en vela. Ni bien amaneció el día, Hernán

se armó de valor y fue hacerse la prueba. Fuimos al hospital, y con dos pruebas que le realizaron le dieron el mismo resultado que a mí. Increíblemente, en ese momento tuvo una reacción mucho más serena que la mía, pero saliendo del hospital su delirio me llegó a contagiar.

–Preguntemos a dónde podemos ir a comprar nuestros cajones, es lo mínimo que tenemos que hacer –dijo señalando una farmacia–.

–Señor, por aquí cerca dónde hay una funeraria –dije al tipo que asomó su cabeza tras unos barrotes–.

–A dos cuadras más abajo, pero en la acera de enfrente.

Caminamos como loquitos, desesperados, hasta que, al cruzar la pista como ciegos, el estallido de un claxon nos hizo reaccionar.

–Qué locura, pensando en ataúd, qué cobardía la nuestra –dijo Hernán abrazándome, y después prosiguió–. Vamos a ver el mar, pero no para hacer otra locura.

–¿Para qué entonces?

–Para darnos cuenta de que a pesar de todo el mar sigue siendo mar, hermoso a veces, o feo si quieres; pero sigue siendo el mar porque Dios así lo quiere. Sólo él decide eso.

Efectivamente, nos hizo bien estar frente al mar. Teníamos tantos sueños que no era justo que no lucháramos por hacerlo realidad. Seguimos trabajando, pretendiendo darnos ánimo en todo momento. Volvimos varias veces al hospital porque los médicos hablaron de realizarle a Hernán otras pruebas adicionales además del Westerm Blot, para descartar algunas dudas, porque en su historial figuraba que había padecido de hepatitis "b". Él se hizo todos los chequeos, pero, curiosamente, en sus últimas citas prefería ir solo. Eso me asustó, y por mis propios medios traté de averiguar el motivo. Un médico que veía a los dos me dijo que el tenía más avanzada la enfermedad, y que por lo tanto requería de mayores cuidados. Ni corto ni perezoso, me imbuí de cómo debía alimentarlo, puse más esmero en cuidarlo.

A partir de esos días hubo cierta calma en nuestra agitada

rutina. Dejamos de frecuentar las discotecas y nos mantuvimos muy unidos, con ganas de trabajar para poder pagar el tratamiento que, por privacidad, decidimos seguirlo en una clínica particular, con una doctora que nos habían recomendado en el hospital. Hernán, como nunca, se volvió más espiritual, rezaba mucho y hasta empezó a visitar con mayor frecuencia a su abuela. Seguía participando en las obras infantiles de Calín, quien, enterado del asunto, lloró a moco tendido y nos ayudó como pudo. En ese momento quiso ubicarme en su obra, pero yo ya había hablado con las hermanas Prado para volver a trabajar con ellas en las tardes, los fines de semana, mientras que seguía con Fito Gala en las noches.

Apenas había acabado la temporada de las funciones donde se lucía La Chula Ruperta, cuando a Hernán se le cumplió el sueño de pisar un set de televisión. En un programa noticioso matutino lo entrevistaron, o, mejor dicho, entrevistaron a La Chula Ruperta. Con ese primer empujón, que parecía venido del cielo, a Hernán se le ocurrió acudir a la diva de la tele, Susana Gómez, la rubia animadora –hija de aquella señora que hospedó a Hernán en las épocas del fujishock–, quien sin pensarlo mucho le dio gusto, aunque sólo fuera con cinco minutos de secuencia en su sintonizado espacio. Con ese debut en la tele, Hernán recuperó los ánimos y hasta descuido la visita al médico. Él decía a veces que prefería no haberse enterado, porque la ignorancia con la felicidad casi siempre van de la mano. Entonces parecía que lo que prefería era ignorar el asunto, y contra viento y marea mantuvo su obsesiva idea de alcanzar la fama.

También creí que era lo mejor, pero igual me esmeraba en cuidarlo. Las cosas tomaban cada vez más el rumbo que él tanto quería. Con su aparición en la tele sus bonos fueron subiendo, y cada vez podía cobrar más por sus shows privados. Del canal de la rubia pasó sus polleras a un programa nocturno, nada menos que al lado de Richard Thorned. Mientras tanto yo, de amante pase a ser su asistonto. Cargaba de aquí para allá con sus polleras, su neceser y demás accesorios; paraba pendiente de su agenda, y

si se tiraba un pedo allí estaba yo para airearle el ambiente. Él ,en cambio, desayunaba, almorzaba y comía pensando en la condenada Chula Ruperta. Ni siquiera separaba dinero para su medicina, pues se le dio por gastarlo todo llenando su closet con hartas polleras y estrambóticos zapatos, por los que pagaba buenos billetes, y hasta tuvimos que mudarnos a un departamento de Surquillo sólo para que se diera el gusto de tener un closet lo suficientemente amplio para las extravagancias de su personaje. Era amarrete consigo mismo, con las justas se compraba uno que otro polo de marca chancho, y yo no podía atreverme a pedirle nada que no fuera para la comida del día. Incluso, a sabiendas que tenía que cuidar su alimentación, los días que no podía cocinar, él prefería irse a su puesto preferido en el mercado de Surquillo.

Pasaban los días y, tal como se lo había propuesto, Hernán empezaba a alcanzar la ansiada fama. Su popularidad subió como espuma cuando logró que el productor de *Salsa en las Risas*, el espacio cómico más sintonizado, lo pusiera en su mira. Primero lo invitaron al programa y luego le hicieron la dichosa propuesta: La Chula Ruperta sería la nueva atracción del programa. Francamente, desde ese día Hernán no cabía en su cuerpo, y yo creo que sigue así hasta ahora, porque quien habita en él y respira la vida que le queda es ella, y no él.

Por ese entonces yo también me di el gusto de grabar dos temas, porque Hernán repentinamente tuvo un gesto de agradecimiento conmigo y me dio un dinerito para llevar a cabo mis planes. Con mis casete en mano pude conseguir que por lo menos se oyera mi voz en dos radios, no muy conocidas, pero de por sí me daban esperanzas de hacer carrera con el canto. Pude también, por primera vez, pisar un set de televisión, pero no precisamente con ayuda de Hernán, sino gracias a que conocí a Paul Ávila, productor y pareja del actor y conocido imitador Sandro Álvaro, quien, con su recomendación, me invitó para cantar en el aniversario de su programa. Lo hice muerto de los nervios, pero no me fue nada mal. Eso me dio el empujón para ofrecerme en los lugares barranquinos; me di el gusto de cantar en La Estación y en

Raíces. Fueron contados días de felicidad. Sin embargo allí quedó el asunto, porque con la recargada agenda de Hernán y el desinterés que ponía cada vez que le tocaba el tema de insistir con el canto, simplemente opté por postergar mis sueños; además, ese año tuvimos prácticamente que recorrer todo el Perú, con tantas presentaciones que lograba colocar.

Cuando halló calma y holgura de tiempo, se le antojó que fuéramos a nuevas discotecas de ambiente, a las más fichazas, los días que no ofrecía shows privados en ningún lado. Me pareció que era la mejor forma de disiparnos, y para tales juergones se prestaba Calín. En esas discotecas bailábamos a rabiar, pero también charlábamos y reíamos hasta el cansancio. Por suerte allí no existía la Ruperta ésa, era Hernán junto con sus amigos. Y si alguien tenía que ser el centro de atracción, ése era Calín, quien soltaba cada raje que hacía que nos orináramos de la risa. "Escuchen esto", decía con esa expresividad que es única en él. "Un día Adita Llosa –hija de un popular cómico– nos invitó a su fiesta de cumpleaños, que hizo aquí, en el Splash. Ni bien nos tuvo reunidos a todos nos dijo que a su nueva conquista, la Marisela esa –que ahora está en el programa cómico y se ufana de que se la comió el pituquito de Jano Cipreses, cuando bien que patea con los dos pies–, le había pedido que la complazca apareciendo sin calzón, para calentar la noche. Nos apostó una piña colada a que la muy cojuda lo iba a hacer. Dicho y hecho, ni bien llegó con su microfalda la sentamos en un banquito de bar, y con unos cuántos tragos dejó entreabiertas sus yucazas. No tuvimos más remedio que pedir la piña colada de Adita. Y pensar que eso hizo la Marisela cuando no era más que una insignificante cholita de pelo oscuro y sin las tetas que hoy tiene, ja, ja,ja". En verdad, con tanta risotada éramos los más bulliciosos del lugar. Otro que se vacilaba a costillas ajenas era Sandro Vásquez, un cuerazo que no hacía mucho que había sido elegido Miss Perú-Universo Gay. "Las pocas veces que lo he vuelto a ver se ponía como avestruz desesperada buscando un hoyo donde ocultar su cabeza, mientras yo me mataba de la risa en su cara", decía sin reparar que su Romeo estaba al costado. "Un día se me ocurrió

pedirle a un caficho que conozco una cita a ciegas con alguien bien agarrado, pero de buena reputación. Adivinen quién accedió a tal cita. Nada menos que Alberto Ruiz, al pobre le habían hecho creer que yo era un recién llegadito del norte. Me llamó a las cinco y me dijo que lo buscara en la puerta del César Hotel. Me advirtió que no le pasara la voz hasta que su acompañante, una fotógrafa morenaza y algo mayor, se quitara del lugar. Eso sucedió como a las siete, y en cuanto me acerqué lo impresioné. Tomó un taxi y me llevó a un metido hotel del centro de Lima. No lo seguí viendo porque no me hizo gracia en la cama, luego me enteré de que era periodista, y de hecho que ese día estaba con la fotógrafa detrás del grupo Magneto. Pero piña el patín, porque el día que me coronaron él fue con sus cámaras a la discoteca, y cuando me ponchó casi se cae del susto. Se quedó tieso, mientras que yo toda pícara le dije '¡Hola Albertito! ¿cuándo nos vemos otra vez'. Ni bien grabó salió disparado cual ráfaga... y no hace poquito que me lo encontré nada más que con su yunta Mauro Fernández, en un encaletado lugar de Lurín, las gafas se le cayeron y me miró toromboleado, ja, ja, ja", contaba, mientras le sobaba las piernas a su pareja, que también gozaba con la historia.

Así transcurrieron los días en que Hernán pasaba los días como si tuviese la certeza de que su vida acabaría al día siguiente, abruptamente, y que lo mejor era disfrutarla a más no poder. Echó al diablo las recomendaciones de que en adelante hiciéramos el amor con condón, se enojaba si yo no eyaculaba en él.

Seguí a su lado como perro fiel, me metí con él a esa olla de grillos que era ese programa. Nunca vi tantas víboras juntas, muertas de la envidia. A más de uno se le movió el piso con la incursión de Hernán; casi nadie lo miraba con buenos ojos, salvo los actores mayores, de reconocida trayectoria, que eran harina de otro costal, y una que otra chica tranquila. Bailarinas e imitadores empezaron a hacerle la vida cuadritos a Hernán y, de paso, a mí. "Qué se creerán ese cholito blanquiñoso y ese chupe que trae todos los días. Que aprenda a bañarse antes de hacerse al presumido", decían, y Hernán lo sabía, pero prefería hacerse la vista gorda para llevar la fiesta en paz; yo, en cambio, les hubiese roto la

boca a cada una de esas aguantadas que con el tiempo me las volví a encontrar cuando por necesidad fui a parar en la discoteca Casanova. Allí las condenadas hacían strep tease y luego se iban a la cama con el mejor postor.

Hernán era una mansa paloma delante de toda esa carroña de gente, o más bien una verdadera marica, porque conmigo sí se hacía al bravo. Si le recriminaba algo, ya no temía que le pusiera la mano, para él eran cosquillas; mientras que su lengua era un látigo para mí. Siempre me echaba en cara que de seguro yo lo había contagiado, porque para él era mucha coincidencia que una anterior pareja falleciera, sin que nadie supiese de qué. Y cada vez que le respondía que con tanta humillación iba acabar por dejarlo solo decía: "Métete bien a la cabeza, sin mí no eres más que un pobre diablo, sin mí no eres nada". O por último gritaba que no le hacía falta y que podía largarme.

De sólo ver que ni la enfermedad cambiaba su alocado temperamento y sus ínfulas, terminé por convencerme de que ese monstruo llamado Chula Ruperta tenía poseso a Hernán. Su codicia y egoísmo eran tal, que anuló el lado bueno que yo amaba de mi pareja. Ella fue carcomiendo el corazón de Hernán con falsas y vanas alegrías, que a ese paso al final terminarán sumiéndolo en la más completa infelicidad.

El único que pudo intuir las penas que me devoraban era Fito Gala, un hombre para quitarse el sombrero. Todos en el teatro le teníamos un gran aprecio, creo que no existía un solo ser en la tierra –ni siquiera su adversario en las tablas– que tuviera algún sentimiento negativo hacia él. Pude comprender el tremendo dolor que sintió el chinito que por años fue su pareja. "Anda hombre, cuenta qué rayos te pasa, de un tiempo a esta parte no eres el chistosito que conocí. A ti te está ocurriendo algo muy serio". Tan paternal fue con sus palabras que era imposible que no le dijera lo que realmente me estaba sucediendo. "Apenas eres un portador, no tienes por qué creer que el mundo se te va acabar. Sigue adelante muchacho y, carajo, cuida tu cuerpo. Y si lo de Hernán te causa tanto dolor mándalo a la mierda de una buena vez", dijo, reservándose el secreto

que descubrimos cuando se fue para siempre.

En realidad una gran angustia empezó a carcomerme, a veces me sentía muy culpable por la enfermedad, pensaba que yo era él responsable de todo. Y otras tanta veces empecé a sentir indignación por él. Me era difícil aguantar tanto egoísmo. Es cierto que si quería podía darme dinero, pero desde aquel entonces jamás me dio el apoyo que el bien podía brindarme. Nunca movió un dedo para que yo ingresara al elenco de la *Salsa de la Risa*, o para que pudiese ir a cualquiera de los espacios de televisión, o siquiera, a la radio donde a él solían invitarlo. Pudo hasta apadrinar a un cantante de baladas, José Abel, a quien ayudó para que lo presentaran en el programa, pero a mí, como él diría, ni cagando.

Cada vez me relegaba más en su vida, con el cuento de que no quería que la prensa fuera a sospechar de nuestra relación. Se iba solo a sus invitaciones y dejamos de ir a las discotecas. Qué cosa más injusta, ocultar una relación que podía ser bella si nos lo proponíamos. Se puso peor cuando en Teleguía dejaron entrever nuestra extraña relación. "Hijos de puta, qué tienen que meterse en mi vida", gritó hecho un energúmeno y me advirtió que era mejor no dar cabida a comentarios de ese tipo. Le aterraba que descubrieran algo tan evidente como su homosexualidad, como si no se diera cuenta de que en el medio artístico su opción sexual era vox pópuli. Quería hacerse al machito detrás de cámaras, pero no se daba cuenta de que cada vez sus mariconadas lo delataban más. Usaba lápiz para los ojos y las cejas, andaba con sus postizos ojos azules y sus cortes que no eran nada masculinos. En todos esos momentos sentí que ya estábamos metidos en un extraño mar, ahogando nuestro amor.

que de súbito comienza a [illegible]

—En realidad una gran angustia empezó a acometerme, a ve- [illegible] intermedias permitían que se era el responsable de todo. Y otras tantas veces empecé a sentir [illegible]

[illegible]

CAPÍTULO IV

LA FAMA AHOGÓ NUESTRO AMOR

LA CHULA RUPERTA ES EL GRAN JALE DEL CANAL DE LOS ARTISTAS, rezaban las primeras planas cuando Hernán aún laboraba en esa olla de grillos. Aunque lo negara, se le habían subido los humos porque sabía que pronto, dentro de algunos meses, iba a reírse en la cara de esa gente que no hacía más que comer carroña, y que con bombos y platillos se había pasado al otro canal, donde ya se creían las grandes estrellas, cuando no sabían que Hernán estaba alistándose para ir con programa propio al dichoso canal. Lógicamente que astuto, como era, Hernán permaneció huyendo de la prensa para que no le jalaran la lengua, ya que el mal agradecido se atrevió a rejurar que iba a continuar en el canal que le dio la gran oportunidad de su vida antes que pasar al canal de la competencia, cuando bien que había firmado ya un contrato privado, donde dejaba claro que en cuanto culminara su contrato con *La Salsa de la Risa* iba a pasarse a las filas del Canal de los Artistas. Hasta le dieron la jugosa suma de doce mil dólares para asegurar el contrato, más un adicional de tres mil dólares que al final le agregaron para que no se le ocurriese rescindir el contrato.

Con ese dinero, lo primero que se le ocurrió fue alquilar un buen departamento en Miraflores, frente al Hotel María Angola. Nuevamente fuimos a comprar mil chucherías en Tacora para decorar ese departamento; compró nuevos muebles y procuró vivir con la decencia que exigían su popularidad y billetera, que ya

andaba recargada. Por esos días no sólo anduvo misterioso con la prensa, sino también conmigo. Prefería llamar a nuestro buen amigo Charles para sus salidas. Luego descubrí, a través del periódico, el misterioso motivo. LA CHULA ANUNCIA PRODUCCIÓN MUSICAL, decía en un titular de un diario que llegó a mis manos. Me revolvió el hígado; mientras yo me desvivía como un fiel chupe, él hacía planes de lanzarse como cantante y hasta ya había grabado algunos temas. El sólo hecho de habérmelo ocultado era una prueba evidente de su egoísmo. Él sabía que yo moría por cantar, pero eso le importaba un pepino, la única estrella tenía que ser él. Eso me dolió tanto que cuando volvió a casa lo mandé al infierno. Pero daba la impresión de que lo que él quería era que de una buena vez desapareciera de su vida. Sin ningún asco dijo: "Lárgate, que estás sobrando en mi vida. Tú no mandas ni mandarás en mi vida. No eres mi dueño, así que puedes seguir la flecha... y recoge todas tus porquerías". Seguir en su casa después de lo que me había hecho era no tener dignidad ni amor propio. Tomé mis cosas y me busqué un cuarto; juré nunca más volver a su lado.

Para mi desgracia, por esos días ya estaba sin trabajo, y, extrañamente, ni siquiera Arni Olano, que con el tiempo hizo muy buenas migas con Hernán, pudo darme trabajo alguno, y Calín menos. No tuve más remedio que recurrir a las discotecas de ambiente; hasta me atreví a trabajar en el Casanova, un night club donde me fui a topar con ese mundillo que conocí en aquel programa cómico. Tanto rajé de esas bailarinas con lengua viperina que hasta me tocó trabajar con una de ellas en un número bastante insinuador. Aparecíamos detrás de un biombo por el que se nos veía supuestamente desnudos a trasluz, éramos una pareja que bailaba eróticamente y que supuestamente cerraba el baile con el acto sexual, cosa que de hecho tenía que ser súperfingido, pero, curiosamente, esa putita llegó a excitarme, pero estando sin condón no podía cometer la salvajada de dañarla.

Hice un dinerito y, como era imposible aguantar tanta soledad, acepté a quien llegó a mi vida, pero, como siempre, Hernán

jamás salía de mi cabeza, menos sabiendo que él estaba peor que yo. Fui a chequearme la sangre con la doctora que nos veía, quien por suerte dijo que tenía la cantidad necesaria de linfocitos CD4 para mantenerme en buen estado por buen tiempo. Con ella pude constatar que hacía mucho tiempo que Hernán no iba por su consultorio. Eso me preocupó, y nuevamente se me ocurrió preguntar por él; de lo único que pude enterarme por nuestros amigos es que se había metido con una persona que en algún momento significó mucho para mí. Lógicamente, lo hacía por despecho, pero lo que más me asustaba de aquello era que, conociéndolo como lo conocía, podía apostar que había cometido la locura de acostarse con otra persona sin que mediara condón alguno. Él odiaba, como muchos, usar ese bendito jebe. Se me ocurrió buscarlo cuando aún trabajaba en *La Salsa de la Risa*. Esperé a que terminara de grabar y en un descanso le pedí que habláramos. Delante del nuevo séquito que tenía me habló con la indiferencia a la que ya estaba acostumbrado.

–Si tanto apuro tienes de hablar, anda en la noche para la casa, total, tú nunca me devolviste las llaves que tenías.

–Voy a ir, pero que no se te ocurra pensar que tengo ganas de pedirte que regresemos. Es otro el asunto del que te quiero hablar.

–Lo que sea, ve, y si quieres espera, porque no sé a qué hora aparecéré por allí.

Yo esperé en la puerta del edificio hasta que se dignó aparecer alrededor de las once de la noche con Jossy, un peluquero que yo conocía, un tipo que con semejantes trenza de zamba canuta parecía Steve Wonder en persona, y con una mocosa con la cual finalmente me reemplazó. Dijo que era una practicante de producción a la que sacaron del canal cuando el productor del programa se pasó a la competencia. Entonces, a él se le había roto el corazón, y dizque se le ocurrió contratarla como su asistente. En cuánto ellos partieron me cuadró con un tono desafiante.

–¿Ahora me puedes decir qué rayo quieres?

–Sé que rápidamente conseguiste pareja.

–Y eso a ti qué te importa. O te quema la hiel de enterarte

que esa persona que tanto decía que sí te quería ahora se ha fijado en mí. Si es eso no tengo que darte explicaciones –hablaba tan altaneramente que me parecía que estaba frente a su personaje–.

–Eso es lo que menos me importa. Creo que tú deberías tener un poquito más de reparos, o acaso olvidas que estás enfermo.

–Vaya, ¿vas a decir que te preocupo?

–Te conozco y sé que nunca has usado un condón, ni lo harás, sé bien que lo detestas.

–Ése es asunto mío, si has venido a darme sermones o acusarme pierdes tu tiempo.

–Tú ya estás fregado, no tienes por qué dañar a otros.

-Ah carajo, por allí sangraba la herida.

–¿Por qué no has ido donde la doctora?

–Acuérdate de que me dejaste. Yo hago con mi cuerpo lo que quiero. No tengo que darte explicaciones. Además, un puto como tú no tiene que decirme lo que tengo que hacer. Más bien dime a dónde diablos te has ido a meter. Por lo que veo, sin mí no eres nadie. Te vas a joder por haberme dejado.

–No te entiendo ni jamás te entenderé, acaso no era eso lo que más querías –le dije, y de pronto enmudeció y tomó asiento porque todo el rato estuvo hablándome de pie mientras lo escuchaba sentado–.

–¿Qué mierda estamos haciendo con nuestras vidas? Siempre estuvimos juntos, ¿por qué todo esto? –dijo gimiendo–.

–Es casi suicida la idea de querer estar a tu lado. Lo único que has hecho es dañarme. Jamás un golpe mío puede haberte herido tanto como tú lo haz hecho con tus palabras, menospreciándome toda la vida. Sabes que juramos que estaríamos juntos en las buenas y en las malas. Realmente no sé sí verdaderamente te importo.

–Estás viendo cómo estoy y dices que no te importo... Cholito, olvida tus resentimientos y quédate esta noche conmigo –dijo cogiéndome la cara–.

–¿Cuánto daría por creerte? Pero quien ha hecho perradas aquí eres tú. Siempre has sido caradura, tú no me quieres más

que para que te sirva en la cama y sea siempre tu chulillo. Tú no piensas que yo también tengo derecho a crecer, a ser alguien en la vida.

–Siempre has exagerado, las cosas no son como tú dices. Sabes que tengo mi carácter, como tú lo tienes, pero carajo, podemos estar juntos si queremos. Las cosas están cambiado para mí, si tu quieres puedes trabajar de modelo, en el programa que por fin tendré. Por lo que más quieras, quédate.

En verdad, lo único que quise en esos momentos fue sentir su olor y tenerlo conmigo. Así que terminé cediendo y esa noche la pasamos en su habitación, que supuestamente también era mía. Al día siguiente tuve que ponerle punto final a la relación anterior y abandonar la discoteca. Volví a su lado, y en otros de sus gestos de arrepentimiento decidió que abriéramos una cuenta mancomunada en el Banco Continental. Ahora que tenía más compromisos artísticos necesitaba quien le viera sus cosas, y la asistenta que para ese entonces ya tenía apenas le veía el vestuario y algunos contactos con la prensa. Nuevamente todo parecía encauzarse, pero el verdadero infierno recién comenzaba.

A los pocos días de instalarme, Hernán me dijo que había decidido traer a su abuela para que viviera con él. Se sentía mal de haberla sacado del asilo para supuestamente llevarla a vivir con él, y lo único que había hecho era dejarla en casa de unos parientes. Por supuesto, yo no tenía por qué oponerme, eso me parecía lo más razonable. Pero a esa casa no solamente llegó la abuela, sino aparecieron tíos que nunca antes se habían preocupado por Hernán, como él mismo me lo dijo después. Katiuska, la mocosa que el caritativamente la había convertido en su asistenta, prácticamente empezó a manejar todo en esa casa, incluyendo las tarjetas de crédito. Todos estaban más ansiosos que el propio Hernán con su reaparición en el nuevo programa que llevaría el nombre de su personaje. Con toda esa gente metida yo no era más que un extraño. Hernán andaba en sus ajetreos de los preparativos para su pase a un nuevo canal, así como en la culminación de la producción musical que tanto quería. Cuando estaba él en casa

Alexis existía, pero si él desaparecía no era más que un bicho raro al que miraban con sus caras largas. El ambiente era tan insoportable que empecé a buscar cachuelos trabajando hasta en desfiles de moda, o participando en alguna coreografía. Por su parte, Hernán, pese a todo lo que me había dicho para que yo volviese a su lado, actuaba peor que antes: cuando quería me trataba como era debido, pero cuando se cruzaba yo era la peor porquería. Estaba soportando estoicamente tantos maltratos a cambio de alguna migaja de afecto que pudiera darme, porque si me daba dinero era sólo porque el quería verme bien vestido, pero difícilmente iba hacerlo para apoyarme artísticamente, eso no estaba en sus planes, y no me quedó más que resignarme a lo que él quisiera. Hasta ahí todo podía ser soportable, pero lo que no pude tolerar es que su abuela se metiera conmigo en la forma que lo hizo. La señora puso el grito en el cielo cuando alguien le fue con el chisme de la cuenta mancomunada.

"Oye, Hernán, despierta y deja de estar encamándote con ese otro maricón y ven a explicarme qué cuenta mancomunada tienes con ese vago que lo único que está haciendo es sangrarte. Despierta, maricón, y sal de tu cuarto, que quiero hablar contigo –dijo casi tumbando la puerta de pura rabia–.

–No te me pongas brava que no estás en tu callejón. Háblame bonito si no quieres que te falte el respeto.

–Me metes a tu casa para ver tus mariconadas y no quieres que me moleste. Un extraño maneja tu plata y no quieres que me enoje. Bota ahora mismo a ese aprovechado, o quieres que lo haga yo –cuando oí eso me tuve que morder la lengua, porque él me suplicó que no me metiera–.

–Franco que te comportas como la puta que eres. Malagradecida, ¿acaso te hago faltar algo?, ¿acaso no sabes que la única persona que manda en mi vida soy yo? ¿Te olvidas de que te tengo a mi lado a pesar de que le juré a mi madre que no iba a vivir a tu lado, y tú lo sabes? ¿Quieres que te rechace como lo hizo ella?

–Eres un mal parido, cómo me vas a decir esas cosas sólo

por defender a esa marica –dijo en un mar de llanto y, como siempre, Hernán se doblegó y pidió disculpas a su abuela.

Al final descubrí que hasta con su abuela mantenía una relación extraña; yo había pensado que se querían tanto porque tenían una confianza extrema, pero si me hubiesen contado este intercambio de palabras jamás hubiera creído lo que ese día oí. Esta vez tomé una decisión definitiva. Por primera vez acabamos amigablemente. Le dije que se quedara con su familia, que yo estaba sobrando en su vida. Él, en vez de suplicarme que me quedara, trató de hacerme entender que aunque su abuela fuese de lo peor, ella era lo único que tenía. Por si fuera poco, dijo que hacía ratos que se había dado cuenta de que sus tíos estaban allí desde que empezó a tener los bolsillos llenos, pero igual no le importaba, porque era la primera vez que podía darse el gusto de tener una familia. Al final comprendí que esa era su única arma para aparentar ante la prensa que no tenía ninguna relación homosexual y que su vida transcurría feliz, con la normalidad con la que vive cualquier hijo de vecino.

En esos momentos pretendió darme un dinero, doscientos dólares, insinuándome que alquilara mi cuarto, donde él podría irme a ver. Le acepté la plata porque realmente necesitaba el dinero, pero le aclaré que no me interesaba reanudar esa relación que únicamente me estaba lastimando. Me aparte totalmente de su vida y volví al último cuarto que anteriormente había llegado a rentar, donde alguna vez estuve con él. Dejamos de vernos como dos meses; cuando me lo vi en una reunión lo encontré pedante y altivo. Me mandaba ciertas indirectas como queriéndome provocar. Simplemente no le hice caso. Nuevamente se volvió a meter con una persona que él sabía que en algún momento me había importado mucho, pero igual ya no estaba dispuesto a volver con él, porque, por último, sabía que si cuando recién empezaba a hacerse conocido andaba con ínfulas, ahora que era súperestrella, con ganas se iba a tirar un pedo en mi cara.

Cuando creí que por fin, aunque con el dolor de mi corazón, Hernán ya era pasado en mi vida, porque había transcurrido buen

tiempo sin verlo, y pese a las crisis nerviosas que tuve desde que comencé a vivir solo, ya estaba resignado a seguir viviendo sin él, tuvo que pasar algo que volvió a ponernos frente a frente.

Una mañana que supuse que era el día más feliz de Hernán porque debía estar alistando todo para su aparición formal –al día siguiente– en ese canal que tenía programada una preventa donde confirmaría el lanzamiento próximo del programa *La Chula Ruperta*, una llamada de su tío me dejó pasmado.

–Alexis, tienes que venir, tienes que venir... Hernán cometió una locura.

–¿Qué ha pasado?

–Por favor, ven rápido.

Por un momento pensé que se había puesto mal por lo de la enfermedad. Pero ni en mis más remotos pensamientos hubiera imaginado que él podría cometer la locura de querer quitarse la vida. Fui corriendo. Felizmente yo vivía a pocas cuadras de su casa. Cuando llegué vi gente en la sala. En cuanto me vio pude notar que algo malo había pasado. Estaba rojo de tanto llorar y con la cabeza agacha. "¿Pasa algo cholito?", dije en medio de ese silencio que sentí en esos momentos. "Tengo que salir, no puedo atenderte", respondió, y preferí no decirle nada más porque su tío me hizo una señas.

En realidad tenía una reunión con los ejecutivos del canal y creo que iban a grabar algo. Lo vi salir con un grupo de personas. Una vez que salió su tío me soltó todo el rollo. "Hernán, últimamente, se ha puesto muy mal, incluso había ido al médico, pero la empleada dice que para encerrado en su cuarto y que esta mañana intentó suicidarse ahorcándose con su correa. Ella lo detuvo, llamándome a mí por teléfono".

La curiosidad hizo que fuese a revisar su cuarto. Estaba patas arriba y en su cama había una recatafila de libros tirados, como si él no hubiese dormido, y, efectivamente, encontré una correa que aún estaba con la hebilla enganchada, como si alguien hubiese estado manipulándola. Me había quedado ahí estupefacto, esperando que retornara, cuando entró Charles, quien

por suerte había regresado a la casa para llevar algunas cosas que Hernán había olvidado.

–Tienes que verlo, tengo miedo de que haga otra locura. Ahora mismo le entró una crisis nerviosa cuando llegamos a la playa para hacer una grabación para la preventa de mañana. Se puso histérico y empezó a decir que se quería tirar al mar. Katiuska y la señora Nila, que es un amor de gente, se llevaron el susto de su vida, tuvieron que cogerlo de los brazos y pedir ayuda. En estos momentos lo están tranquilizando. Me mandaron por unas cosas, sería mejor que vayas conmigo, total, él se ha puesto peor desde que te fuiste y ha empeorado la semana pasada, cuando tuvo un disgusto con la Susana Gómez. Vamos, que luego te cuento en el carro.

Nos trepamos en el primer taxi que encontramos y nos enrumbamos hacia Barranco, mientras Charles prosiguió con el asunto que me estaba contando.

–La semana pasada Susana lo invitó a su programa ha pedido de los dueños porque había que anunciar el lanzamiento del programa de Hernán. Él estaba contento porque estaba muy confiado en que Susana iba a darle todo su apoyo; pues total, por lo que sé, el siempre la tuvo comiendo de su mano por no sé qué asunto.

–Sí sé eso, es por una historia que verdaderamente no sé si es cierta o no, a veces creo que Hernán simplemente se valió de lo poco que vio en casa de la mamá de Susana, el tiempo que vivió allí, para chantajearla. Si no cómo crees que consiguió fácil que ella lo llevara a la tele y le diera una secuencia. Allí había gato encerrado. Aunque algo me contó Hernán, francamente no me convenció. Pero, bueno, ¿qué paso? –dije mientras el carro ya ingresaba a Barranco–.

Charles, que observó que el taxista oía con atención nuestra conversación, empezó a hablar más bajito.

–El caso es que después de la entrevista que le hizo lo llevó a su camerino y le dijo su perra vida. Por lo que me contó Hernán, ella le había dicho que estaba muy enterada de cuánto se burlaba

a sus costillas en sus shows, cosa que le parecía una actitud de desagradecidos. Le dijo que estaba harta de sus chantajes, que ya era demasiado lo que había hecho por él y que su familia la quería tanto que por ella hasta era capaz de matar, así es que era mejor que dejara de meterse con ella. O sea la cosa se puso brava, y por un poco el marido de ella estaba a punto de pegarle pero Susana no lo dejó. Hernán no me contó lo que le respondió, pero la cosa es que desde ese día está con la paranoia de que lo quieren matar. Dice que los del SIN también lo han amenazado por teléfono –imagínate– porque ya saben que hace politiquería barata disfrazada con chistes en sus shows.

–No sé, pero estoy seguro de que hay muchas más razones por las que está tan mal.

Una vez que descendimos del taxi pude notar que hasta el momento no habían comenzado ninguna grabación y que tenían a Hernán en un improvisado camerino, tratando de tranquilizarlo. En cuanto tuve la oportunidad de hablar con él lo abracé como lo hace cualquier amigo, pero él se descontroló.

–Cholito, mi vida, sácame de aquí, nadie entiende que ya no quiero ni un carajo de programa. Nadie, nadie me hace caso. Quiero paz, tú sabes que yo lo necesito. No me interesa nada, no quiero hacer ese programa.

–A lo mejor te hemos tensionado demasiado y todavía no estás listo para salir con tu propio programa. No te preocupes que eso lo podemos arreglar. Cálmate Hernán. Somos tus amigos y te vamos ayudar –dijo Nila, la relacionista pública del canal, la pobre no comprendía nada de lo que estaba pasando.

–Hernán, si tú no quieres nadie tiene derecho de obligarte. Tranquilízate y habla con los dueños –dije acercándome un poco más.

–No quiero, no quiero nada, llévame a la cochera (así le decía a mi cuarto). Aléjame de esto –decía suplicante y cogiéndome de la cara, cosa que me incomodó no por mí, sino por él.

–Te voy a llevar, pero tienes que tranquilizarte, para que hables con el gerente de relaciones públicas o los dueños y les digas,

como debe ser, por qué no has podido grabar ahora, tienes que decirle que no te sientes en condiciones para hacerlo. Tienes que quedar bien con ellos Hernán. Tú mismo me has dicho que se están portando muy bien, no quedes mal cholito.

–Cholito, ¿por qué te fuiste?, ¿qué has hecho con mi vida? No me vuelvas a dejar, te necesito. ¿quién me va a cuidar? Llévame a la cochera, yo me mudo contigo si quieres, pero no me dejes –hablaba fuera de sí, quería abrazarme y besarme, no le importaba que medio mundo nos viera. Me sobrecogí y lo levanté.

–Será mejor que lo lleves, no está nada bien. Por favor, no dejes que los periodistas se le acerquen hasta que se reponga –dijo Nila, visiblemente consternada por lo que estaba constatando. Mientras Katiuska, que estaba a su lado, era un mar de lágrimas–.

El estado de Hernán era deplorable. Cuando lo cogí para ayudarlo a pararse no dejó que lo soltará, tuve que llevarlo abrazado, y él no dejaba de besarme y de balbucear algunas cosas. No quiso que su tío, quien era su chofer, nos llevara en su carro. Me pidió que tomáramos un taxi, pero de todos modos pedí a su tío que me siguiera y que se pusiese en contacto con Calín. Subimos al taxi y el cuadro se hizo más patético. Hernán estaba aferrado a mi cuello y decía que si lo dejaba solo lo iban a matar. Me besaba y gemía como un niño, mientras el taxista se ganaba con el pasé mirando sin reparo por el retrovisor.

Légamos a mi cuarto y lo eché en mi cama. Cuanto más hablaba más me asustaba, parecía un borracho con diablos azules. "Tócame, tócame, si todavía me quieres", gritaba, queriendo a toda costa que tuviéramos relaciones sexuales. Le dije que era imposible porque él estaba muy mal. Se encolerizó, fue al baño y se fue de cabeza al water. "Soy una mierda parasitada, no puedo vivir y encima quieren matarme", decía pasándose el líquido por la cara. Del espanto empecé a llorar. Le dije que yo lo amaba y que lo iba a cuidar siempre, que eso era lo único que debía importarle, pero el seguía gritando y pasándose pichi por la cabeza. Tuve que pegarle para que se calmara. Estaba a punto de pedir

ayuda en la calle, si es que no encontraba a su tío, a quien le había pedido que me siguiera. En esos precisos momentos llegaba Calín con su mamá. Una ancianita a quien Hernán le había cogido gran cariño. Fue la señora quien ingresó al baño, donde todavía estaba Hernán.

–Qué sucede hijito mío. Ven con mamá, tú sabes que yo te quiero como a un hijo. Diosito, ¿por qué estás en ese estado?

–¡Mi madre está bien muerta! Usted no es nadie, ¡lárguese y déjeme en paz! –gritó con tal rabia que supusimos que era capaz de golpear a la señora y no nos equivocamos. Tuvimos que auxiliarla–.

–Tú debes estar loco para ponerle la mano a mi madre –dijo Calín visiblemente mortificado, y sólo cuando Hernán vio a Calín parecía haberse dado cuenta de lo que había hecho, entonces empezó a llorar arrinconándose en el baño–.

–Hernán, necesitas de un tratamiento, tú no estás bien, párate y sácate esa ropa –ordenó, alistó la ducha y pidió que le pasara cualquier ropa mía–.

Por fin parecía haberse calmado. Calín logró tranquilizarlo, mientras que yo fui a buscar una ambulancia de Alerta Médica y lo inyectaron. Todos dijimos que su reacción era producto de la tensión de un programa que por primera vez iba a conducir. Ese mismo día regresé con él para su casa. La familia, al verme de nuevo, no dijo ni pío, estaban muy asustados. En la noche, cuando despertó, Hernán estaba de lo más tranquilo, tanto así que pudimos hablar.

–Han llamado del canal para saber cómo estás.

–Después de todo lo que ha pasado cómo voy a seguir adelante. Les he fallado. No tienen ningún material grabado para mañana. ¿Qué voy a hacer cholito? Quisiera mandar al diablo todo, porque mi salud cada día está peor.

–El programa era lo que más querías, no puedes privarte de hacer realidad tus sueños. Lo único que necesitas es tranquilizarte para seguir adelante. Sabes que siempre te dije que tú en escena eres un monstruo, eres una maravilla, no puedes echar por la bor-

da tu talento. Vales oro y tú lo sabes. Sólo tú tienes que decidir qué te importa más: la tele, con los éxitos que sabes que puedes alcanzar, o deprimirte hasta acabar con tu vida.

–Ay cholito, sólo quisiera saber por qué tú y yo no podemos ser felices. Contigo me basta y me sobra el mundo, pero tienes razón, desde ese maldito día que supimos sobre esta enfermedad yo juré por mi madre que sería una estrella. Tienes razón, no puedo dar marcha atrás.

–Entonces qué esperas, llámalos y diles que si quieren puedes estar presente en la preventa.

–No, yo no puedo, te ruego que lo hagas tú, llámalos, ahorita te alcanzo el teléfono.

Llamé a Nila y le dije que Hernán ya estaba lo suficientemente calmado y que si querían el podía estar presente en la preventa. Ella dijo que por supuesto, eso sería genial, y fue así como quedamos; ella iba a pasar muy temprano para recogerlo. Hecho el pacto pasé toda la noche cuidando de Hernán. Por suerte no insistió con el asunto de tener relaciones sexuales. Dormimos tranquilos.

Al día siguiente yo me quedé en casa y el partió con la gente del canal que fue a recogerlo. No había pasado ni tres horas cuando me llamó Nila.

–Hernán, se puso peor, de un momento a otro y mi jefe me ordenó que lo internáramos en una clínica psiquiátrica, tienes que ir ahorita mismo a verlo.

Apunté la dirección y partí rumbo a esa clínica. Katiuska me estaba esperando en los pasillos, era un manojo de nervios.

–Estoy asustada, a ese paso no habrá programa. Él está muy mal y el canal dice que ellos van a pagar para que se quede todo el tiempo que sea necesario.

En cuanto escuché esas palabras se me cruzó algo por la cabeza. No podía dejar que los del canal se enterarán del asunto. Tenía que impedir que ellos asumieran los gastos. Busqué al doctor con el que debía hablar y le dije lo de la enfermedad, y que por nada del mundo ellos tenían derecho a revelárselo a los del canal;

si lo hacían nosotros íbamos a demandarlo. Le pedí que hablara con los del canal y les dijese que yo iba a asumir los gastos, que por favor lo hiciera, porque era su pareja, y si Hernán estuviese lucido también hubiese exigido lo mismo. Ellos aceptaron, pero sospeché que los del canal ya estaban informados, porque luego supe que ellos exigen a todos los artistas que presenten los resultados de la prueba de Elisa antes de pasar a sus filas. En todo caso con Hernán tuvieron un buen gesto.

Hecho aquello hablé con Katiuska y le dije que nosotros teníamos que asumir los gastos para no comprometer más a Hernán con el canal. Ella usó las tarjetas de crédito y fue a sacar el dinero necesario. Entonces, fui a ver a Hernán, que pese a haber sido inyectado ya había despertado nuevamente y estaba arrinconado en la ducha de la habitación que le había tocado. Era un loquito al que yo veía. Balbuceaba lo mismo: Me quieren matar... Alexis no me ama... Quiero morirme... Calín, ven, sácame de aquí...

Al salir de aquella clínica me encontré con Calín, fue él quien me dijo lo que realmente estaba pasando con Hernán.

–Él cree que ya está al borde de la muerte porque hace un mes cayó en cama, supuestamente a consecuencia de un resfrío, pero paulatinamente se fue poniendo peor, y hasta le apareció una erupción cutánea y sus deposiciones estaban demasiado oscuras. Fue a chequearse con la doctora y le dijo que estaba con sífilis, una manifestación cutánea del Sida. Eso y la pelea con Susana fue lo que lo terminó por hacerlo caer en esta crisis nerviosa. Estoy seguro de que lo que lo está perturbando es ese sentimiento de culpa. Él sabe que está muy enfermo y que posiblemente él te contagio; sabe que Susana lo ayudó las veces que pudo, pero igual se portó mal con ella; sabe lo injusto que ha sido contigo. Son muchas cosas juntas que deben estar atormentándolo. Pero si tú lo amas olvida los resentimientos y ayúdalo, yo voy a ver la forma de conseguirte un trabajo, estoy alistando la producción con la Cox, la Tinoco y Noly, tú podrías cantar allí –habló tanto como pudo, y escuché atento sus palabras, pero lo último, lejos de hacerme feliz, me molestó–.

–Necesito trabajo, pero no me lo tienes que ofrecer como si sólo por eso yo fuera a quedarme junto a Hernán. Nunca quise alejarme de él y a ti te consta, tú sabes todo lo que los dos hemos vivido y te consta lo mucho que él cambio con la maldita fama. Él es justo contigo, te devuelve los favores, pero conmigo ha sido muy malo, pero igual lo amo, igual voy a estar a su lado, no tienes que ofrecerme nada.

Hablé con Katiuska y me instalé en casa de Hernán mientras él seguía internado en la clínica. Ella misma me entregó la tarjeta de crédito de Hernán, pero igual paraba metida en la casa, atenta para despistar a la prensa, que ya empezaba a indagar por el paradero de Hernán. De todos modos anunciaron su lanzamiento, pero éste demoró largos meses.

Reuní a toda su familia y algunos amigos allegados, incluyendo a Charles, quien hasta la fecha desconocía esa verdad. Les revelé todo y les dije que teníamos que darle mucho cariño porque sino iba a pasar lo peor. "Estarás esperando que se muera" dijo Ana, la tía de Hernán, quien estaba más rabiosa porque desde la ausencia de Hernán tenía que pedirme a mí la plata que necesitaba, y yo tenía que anotarlo todo en un cuaderno. "Lo que menos quiero es que se muera, por eso los he reunido, quieren que lo ayude, colaboren conmigo en eso. Con estás peleas lo único que vamos a conseguir es matarlo. Esa reunión fue muy acalorada, pero al final decidimos que todos íbamos a hacer una misa de salud en cuanto él saliera de la clínica.

Así pasó todo un mes que no pudimos visitar a Hernán. No hubo muchas peleas en casa porque su abuela se puso mal con la noticia y prefirió pasar algunos días en casa de su sobrinos.

Pero el tío iba seguido a pedirme plata para el mantenimiento del carro de Herían y para los gastos de la abuela. Charles, Katiuska y una tía de Hernán parábamos en la casa. Todos los días sonaba el teléfono, todo el mundo preguntaba por Hernán y hasta los diarios chichas ya habían sacado que supuestamente estaba con Sida. Aunque el canal se encargó de negar aquello, de hecho los periodistas ya lo sabían o lo sospechaban, pues ellos

sabían muy bien que Hernán era homosexual y yo su pareja; incluso algunos de ellos, también homosexuales, nos habíamos visto las caras en el Perseo mucho antes que Hernán fuese una figura conocida. Pero, gracias a Dios, hasta la fecha nadie se había ensañado con eso. De todos modos decidimos pasarlo a otra clínica ante el asedio de la prensa, y les explicamos que él había sido intervenido quirúrgicamente para que le extrajeran el apéndice.

Pasó el mes y pude por fin recogerlo de la clínica. Le teníamos una sorpresa. Hicimos unas cuantas remodelaciones en la casa. Le pedí a mi padre que me ayudara con eso. "Papá, estoy viviendo en la casa a la que se acaba de mudar mi amigo y su familia, el de la tele, pero él está en la clínica y en su casa quieren darle la sorpresa remodelando el lugar y haciéndole una fiesta. Trajo todos sus implementos y a un asistente que lo ayudó con las refacciones del baño y la cocina. Papá resanó algunas paredes y luego las pintó.

Ese día, cuando lo vi en la habitación de la clínica, no podía creerlo, de setenta kilos había bajado a cincuentidós, estaba totalmente flaco y demacrado, pero por suerte decidido a seguir adelante.

–Cholito, jamás te voy a dejar sólo, yo te voy a cuidar y tú te vas a recuperar –le dije, luego de abrazarlo–.

Estaba sonriente, eso me alegro mucho pese a que me partía el alma verlo en ese estado. Yo también había empezado a bajar de peso por la depresión, pero con la ayuda psicológica que también recibí volvimos a casa. Le agradó el recibimiento y los cambios. Pero en la noche, ya a solas, tuvimos un seria conversación.

-Quisiera que entendieras muchas cosas, no es fácil ser artista y ser feliz, no todo es tan bonito como imaginábamos cuando aún estábamos en la escuela. Vas a decir que soy un malagradecido, pero difícilmente vamos a poder vivir juntos como antes. No estamos en Europa, estamos en un país que repudia estas cosas. Nos señalan con el dedo a nuestras espaldas y un día lo van a hacer en nuesta cara.

–Siempre seré quien salga perdiendo ¿verdad? –dije angustiado por lo que en el fondo estaba tratando de decirme

–No tenemos que estar tan lejos. No te estoy pidiendo que nos separemos. ¿No te das cuenta que te necesito? Quiero que mañana mismo alquilemos el cuarto de al lado.

Lo entendí porque ahora más que nunca la prensa amarilla estaba detrás de nosotros, y además ésa era una forma de evitarnos problemas con su familia, porque igual él quería estar con su abuela.

Al día siguiente le hicimos una fiesta sorpresa, y en esa reunión aprovechó para decir algo que me llenó el corazón.

–Estoy vivo y estoy lúcido, yo sé cómo se han portado cada uno de ustedes conmigo. Cría cuervos y te sacarán los ojos, y eso es lo que he sentido con algunos de ustedes. No quiero acusar ni decir nombres. Tengo presente quién ha estado incondicionalmente siempre a mi lado, sé quienes me aprecian de verdad y lo agradezco infinitamente. Sé también que ya saben cuál es mi situación, pero yo no soy el único que está pasando por ese infierno. La persona que siempre me ha amado está pasando por lo mismo –el seguía hablando y yo me quedé perplejo cuando de pronto se sentó sobre mis rodillas–, no se atrevan a dañar a la persona que más amo.

Era la primera vez que escuchaba esas palabras. Todos teníamos lágrimas en los ojos, incluso quienes tenían que haberse dado por aludidos. Con ese voluble temperamento que Hernán tiene, se paró y soltó, vaya ocurrencia:

–Carajo, aquí el ambiente sabe a cebolla, será mejor que salga a tomar aire puro –dijo riéndose y jalándome del brazo. Salimos, dimos un par de vueltas y cuando volvimos ya todo el mundo se había ido.

Los días posteriores fueron más tranquilos y todos procuramos la recuperación de Hernán. Cuando estuvo mejor reanudó los preparativos para el lanzamiento del programa. Cumplió su ofrecimiento de incluirme como modelo de su programa, no sé cómo lo consiguió sin que tuvieran que obligarme a una prueba de Elisa. Esos días anduvimos mejor de ánimos. Hernán recobró su buen humor y yo empecé a internarme en los pasillos de ese canal. Allí todo parecía ser muy diferente al ambiente que había

respirado en el otro canal, la gente tenía otro nivel y un mejor trato con los artistas. Pude conocer de cerca a Susana Gómez, una mujer por la que me quito el sombrero, guapísima y de mucho carácter. Conocí al famoso Alberto Ruiz, no crucé ningunas palabras con él, pero con sólo verlo me mate de la risa con la historia que me contaron en el Splash. De hecho, tenía mucho de cierta aquella versión, porque luego al susodicho lo vi en más de un desfile de modas. ¿Qué hacía allí, donde estaba la crema y nata de modelitos gay, un reportero sin cámara ni micrófonos?, humm. Me volví a topar con esa sarta de gente que miraba antes a Hernán por debajo de los hombros y esta vez estaban con el rabo entre las piernas. Todos los artistas, por naturaleza, creo que somos caraduras, me saludaban como viejos amigos.

Para no despertar sospechas de la prensa, cada vez que Hernán quería que saliéramos para disiparnos, cargaba con Katiuska, Charles y yo. Frecuentábamos los lugares de Barranco y definitivamente olvidamos las discotecas de ambiente. Se nos dio por ir a ver obras teatrales y, curiosamente, hicimos nuevas amistades que, para variar, también eran homosexuales. En realidad no me sorprendió mucho, porque incluso en el tiempo de Fito Gala yo ya sabía de una recatafila de nombres de homosexuales de la farándula. En esa larga lista estaban casi todos los productores, incluido Arni, por supuesto, y sus más cercanos competidores. Me habían hablado de los amores locos de Jean Franco Chile –conocido por sus comedias musicales– con el actor César Tano, un pata con hijos y ex esposo de una actriz con la que muchas veces compartió roles en las últimas telenovelas. Supe de cuánta gente gay había en los equipos de producción de las telenovelas, entre vestuaristas, maquilladores, camarógrafos y hasta libretistas. Y, por supuesto, de muchas lesbianas en el medio, como el caso de Mirna y Karina, romance tormentoso a principios de los noventa de cuyo final fui testigo; una actriz del clan de las Rivera con una periodista de farándula o de las distinguidas cantantes criollas, que un poco más y forman su club. Sin embargo, lo que más me dejó sorprendido fue el haber tenido que pillar a un par de joven-

zuelos besándose en el baño, sin miedo a que cualquier otro extraño los sorprendiera. Estaban frente a frente nada menos que Renzo y Karlo, los animadores locos de *El Baño de John*, mi programa favorito. Francamente, para haberlos cogido así tenían que haber estado con su troncho encima, aunque en el caso de Renzo ya no era ninguna novedad, porque meses atrás lo habían ampayado con un director de teatro en el Británico. Definitivamente, Hernán y yo no hemos sido los únicos, pero muy en el fondo desearía que sólo nosotros fuésemos los que estuviésemos con este terrible mal. El problema no es la opción sexual sino el no saber cuidar nuestros cuerpos. Es la peor locura desdeñar algo tan útil como el condón. Si en un momento me daba cosquillas enterarme de cada gay en la farándula, de pronto me invadía un terrible escalofrío porque en medio de la chismografía que nos carcome a todos sin excepción, las especulaciones y el qué dirán, puede estar oculto un problema mayor. Recordar que Hernán y yo hicimos, anduvimos alegremente haciendo lo que nos venía en gana para luego acabar como estamos, me hacía pensar que muchos artistas podían estar pasando por lo mismo sin sospechar los sufrimientos que pudiesen sentir después. Pensar seriamente sobre este espinoso tema era cargarme de pavor. Ya algunos amigos nuestros como Fito se fueron con ese dolor de haber pecado contra su propios cuerpo, contra ese altar de vida. Desgraciadamente, los seres humanos somos tan complejos que a veces a sabiendas terminamos clavándonos el puñal.

Sobre aquellas cosas que reflexionaba siempre se las comentaba a Hernán, pero él nunca más fue Hernán, era *La Chula Ruperta*, la mujer feliz, la impasible que no quería saber de desgracias sino de disfrutar la vida. Por lo visto, Hernán daba por hecho que sólo ignorando su realidad podía vivir mejor; ahora menos que nunca iba a dejar que la prensa se atreviese a descubrirlo todo. Nuevamente empezó a marcar distancia conmigo. En más de una ocasión pasé largos días encerrado en el cuarto porque ni siquiera podía trabajar, puesto que tenía el compromiso con el canal, y a pesar que el lanzamiento se había postergado,

ellos cumplían con pagarme el sueldo que ellos me habían asignado como modelo, y él no se daba la molestia de visitarme. Yo tenía que ir a buscarlo, y cuando estábamos de lo mejor, insistía en que tuviéramos relaciones sexuales, como siempre, sin condón, porque según el qué más podía pasar. Me erizaba su terquedad y, por último, no se me podía ocurrir pensar en sexo sabiendo que aún estaba muy por debajo de su peso normal. Él no entendía que lo que me preocupaba era su salud, entonces reñíamos como en los viejos tiempos.

Había sido iluso pensar que después de aquel incidente y las cosas que el luego reconoció, todo en adelante podría ir de maravillas. Aparentemente era así, sus familiares no tuvieron mas que agachar la cabeza y aceptarme al lado de Hernán, pero cada vez que teníamos nuestras riñas aprovechaban para decirle que yo me había quedado tan sólo por su plata, que su amor por mí iba destruir su reputación.

Hernán se encogía de hombros con esos comentarios, pero cuando reñíamos me echaba en cara su dinero, dinero que siempre me estiró cuando sabía que yo muchas veces había dejado trabajos por estar detrás de sus cosas. Fui su lavandera, su cocinera y su asistente, sin sueldo alguno. Si quería echarme en cara algo yo también tenía que refrescarle la memoria. No todo me había dado por nada. En cambió yo por él hasta abandoné a mi familia, por él acabé vistiendo de mujer para que tuviéramos un ingreso más, cosa que me molestaba; por más homosexual que soy jamás me ha gustado estar en poses afeminadas. Visto como hombre, nunca estoy con huachaferías. Lo conocí cuando no era nadie, cuando supimos de la enfermedad tampoco era nadie, yo podía haberme refugiado donde mi madre, total, ella quería cuidar de mí, pero yo lo amaba y no quería abandonarlo. Entonces era cruel que me dijera esas cosas; hoy lo dice su familia y algunos amigos hipócritas repiten lo mismo, mañana quién será, tal vez la prensa, acusándome con su dedo inquisidor. Empezaba a tomar conciencia de que mi vida a su lado iba ser una constante desgracia. Éramos dos seres que supuestamente nos amábamos,

pero siempre terminábamos haciéndonos daño. A veces creo que no fue apropiado de Dios juntarnos.

Opté por reforzar esa brecha que él ya había empezado a marcar entre nosotros. Lo veía con las justas para enterarme cómo andaba de salud. Volví a visitar a mi madre, con mayor frecuencia, y lo que recibía del canal lo utilizaba en comprar un medicamento, zidovudina, que, según me explicó la doctora, ayuda a aumentar el número de linfocitos CD4 y evita infecciones que los médicos llaman "oportunistas", era un medicamento similar al que tomaba Hernán, sólo que esto lo conseguía a menos precio en el Hospital Carrión. Sin embargo, aquel sueldo lo perdí, porque después de todo lo que la prensa había sacado, no era conveniente que me tuvieran en el programa. Entendí eso y empecé a buscar trabajo.

Hernán hizo realidad su sueño y pudo con un programa a todo dar, demostrarle a todos que estaba con las pilas puestas para que *La Chula Ruperta* causara sensación y cruzara fronteras. Por supuesto, yo festeje a solas ese triunfo, mientras que todos sus amigos estaban con él en el canal. Pero aún en su triunfo, al final de la noche me buscó.

–Cholito, lo hice.

–¡Claro que lo hiciste!, le dije, estaba que no cabía en su pellejo–.

–Voy a viajar a Miami mañana mismo con la gente del canal para una entrevista con Joaquín Boyle. Por fin, cholito, por fin. Al diablo la enfermedad, nadie me va a privar de ser feliz, voy a comprarme si es posible polleras con bordados en oro, ay, ya verás cómo se nos arregla la vida...

Lo escuchaba, lo miraba y sentía que no era Hernán quien estaba frente a mí, era cualquiera menos él.

–Ayyy, mamaceta, desde el cielito miistas dando harteta felecedad –decía y me abrazaba con desesperación–.

–Todos los artistas se portaron de maravillas contigo, ¿o no?

–Sí, aunque a algunos creo que los obligaron a portarse bien.

Lo único que me contentaba de ese momento es que, sea como sea, había ido a buscarme para sentir mi abrazo, porque

cuando lo hice lloró de alegría como un niño.

–Nunca se te ocurra volver a dejarme, no lo hagas, por favor.

–Aquí estoy y aquí me quedaré hasta cuando tú quieras.

Parecía que el Hernán que yo conocía había vuelto por un momento a mis brazos. En realidad, sólo por momentos lo tuve. Un día podía regalarme un gesto de ternura y al día siguiente me golpeaba con el látigo de su lengua, era tan áspera como el esmeril, no sé cómo no enloquecí, o es que ya perdí la cordura y no acabo por darme cuenta.

Pasaron los días y yo procuré mantener distancia, cosa que ni siquiera lo notó, porque cada día tenía mayores compromisos con la gente del canal y las presentaciones que le salían como pan caliente. Lo único bueno de todo era saber que estaba bien y que ya había comenzado a ganar los kilos que perdió. De vez en cuando nos veíamos, y sólo ya repuesto pude complacerlo en la cama, aunque no como antes. Su tema favorito en los pocos momentos que estaba conmigo era *La Chula Ruperta*, cosa que ya me tenía podrido. Aun con todo, los días transcurrían con aparente tranquilidad, hasta que de pronto la visita de Totito, Charles o Calín terminaba crispándome la piel, porque entre media lengua soltaban que fulanito o menganito estaban detrás de Hernán. Empecé a maliciar, y lo primero que indagué es que en más de una ocasión, en horas de la madrugada, Hernán tenía sus encuentros en el Hostal Géminis, de la avenida Angamos, con varias personas, entre ellos Roberto, un chico de apenas 18 años, el mismo con el que salí mientras estuve en el Casanova. Estaba muerto de la rabia pero callé, quería más pistas para encarar sus bajezas. No quise preocuparme por los riesgos, porque pensé que a pesar de todo él no era capaz de cometer una canallada de esa naturaleza; di por hecho que por primera vez en su vida estaría teniendo sexo con protección. Aun así su actitud me pareció diabólica.

Pasé días deprimido, hasta que reaccioné porque no era justo agonizar de esa forma por él. Encima a él se le dio por meter a su casa a medio mundo, todos gay, cosa que para el resto del edificio era todo un escándalo. Iba a esas reuniones como si nada hubiese

pasado y observaba al milímetro cada paso que daba Hernán. Cada vez que abría la boca era para mandarme un dardo. Hablaba de lo buenazo y agarrado que había visto a tal o cual pata, e incluso de su affaire con patas de la tele. Verdad o mentira, pero él juraba que el cuerazo bautizado como figuretti se le había mandado en más de una oportunidad. "Pensar que esta chula ya lo tiene bobito al Burtoncito. El otro día no se aguantó y antes de salir de mi camerino me apachurró la nalgas. Un día de estos no me aguanto y me lo tiro, ja, ja, ja". Definitivamente, yo ya no existía o jamás existí en su corazón. Debí haber estado muy cojudo para tolerarle tantas cosas.

En algún momento tenía que reventar el chupo de la llaga que me estaba carcomiendo. Por esas fechas había logrado reengancharme al clan de las hermanas Prado bajo la batuta de Arni Olano, quien dirigía una obra infantil, y solía regresar a mi cuarto a las nueve de la noche. Fue una de esas noches que la sangre llegó al río. En la puerta del edificio encontré a un chibolo preguntando en qué número vivía Hernán, y yo mismo le informé; de pura curiosidad le pregunté: "Te ha citado para algún trabajo", "¿Ah? sí, sí", contestó como sorprendido por la pregunta. Entonces, quise fregarlo y le toqué con insistencia la puerta.

–¡Hola Cholito! Estoy aburrido, qué vas a hacer esta noche –dije y miré de reojo toda la sala y no vi a nadie. Era evidente que el patín ya estaba en su cuarto–.

–Estoy cansado, además los jueves jamás me provoca salir, y tampoco tengo a dónde ir.

–¿Quieres que te prepare algo, para que veamos algo en la tele?

–Cholito, no seas fregado, después del programa lo único que me provoca es dormir hasta el domingo. Si quieres, mañana hacemos algo, pero ahorita quiero descansar.

–Se nota que estás cansadito.

–Sí cholito, de verdad, mañana...

–Bueno, tú te lo pierdes, voy a salir con Calín.

Efectivamente, eso fue lo que hice. Llamé a Calín, le conté lo sucedido y le dije que no quería quedarme en casa porque sino

iba a hacer una locura en el cuarto. Calín, mi buen amigo, ni corto ni perezoso, fue a sacarme de esa depresión. Difícil olvidar a Calín, con él era imposible deprimirse. Iba de parranda nada menos que con su empleada, una morochita bastante culta para ser una simple sirvienta, no había tema que no dominara. Juntos hacíamos un trío bárbaro,; nos íbamos a los karaokes y podíamos vacilar a rabiar, sin necesidad de tomar una pizca de licor. Ese día estuvimos apenas cuatro horas en las calles, y cuando regresamos al cuarto note las luces prendidas de su sala, y como aún tenía las llaves de esa casa entré a verlo. Estaba recostado en el mueble charlando por teléfono muy amenamente. Me descontrolé y fui de frente a quitarle el teléfono para saber con quién hablaba. Al otro lado del auricular estaba un tipo que de echo lo estaba afanando. Lo largué, y cuando colgué me percaté que Hernán tenía sobre el pedestal donde ponía el teléfono las páginas del clasificado de *El Comercio*. En la hoja había más de un número telefónico resaltado con lapicero rojo. O sea que el muy bibrón o se estaba masturbando por teléfono o simplemente los llamaba para planear. Me volví un energúmeno y lo arremetí con puñetazos en la cara, pero no sé de dónde sacó fuerzas y fue el quien me rompió el tabique que empezó a sangrar. Por más que Calín intervino ambos nos bañamos en sangre y muchas cosas se hicieron añicos porque no paré hasta romperle el espejo de la sala. "Cálmense chicos, por qué mejor no conversan más tranquilos en la calle, todo el edificio se va enterar del bochinche que están armando. Hernán, mira lo que estás ocasionando con tus locuras". Para qué escucho eso. "Se puede saber de parte de quién estás. Eres un judas, lárgate de mi casa". Calín se sintió tan humillado que en el acto me sacó de ese departamento. Cuando abrimos la puerta había una decena de curiosos en el pasadizo; nunca pensé que ese escándalo fuese a hacerse tan público, porque días después la urraca de la tele habló de las quejas del vecindario contra Hernán, pero por suerte nadie pudo darle detalles del asunto.

Después de lo sucedido no tuve cara para seguir en un cuarto que él estaba pagando. Antes de empacar mis cosas fui a decir-

le un par de verdades.

–No te imaginas lo harto que estoy de tu forma de ser. Querías que me quedara a tu lado, ¿de qué modo, se puede saber? Siendo siempre tu juguete, para que cuando te canses me tires a la basura, como ya lo estás haciendo.

–Si no te has dado cuenta, hace mucho tiempo que las cosas entre tú y yo ya no funcionan. Tú y yo ya no somos nada Alexis. Grábate bien en la cabeza... yo soy libre de hacer lo que me venga en gana. No tienes que sentirte obligado a mí. Además, déjate de huevadas, deberías agradecerme que todavía me siga ocupando de pagarte ese cuarto donde tú también debes estar haciendo tus pendejadas, y vienes a hacerte el santo. No jodas.

–Vuélvete a matar si quieres, pero tú nunca más me vas a volver a ver en tu perra vida.

–No me amenaces, si tanto te jode esto, qué esperas que no te vas.

–Quisiera saber qué diablos buscas metiéndote con gente que estuvo conmigo. ¿Quieres vengarte? ¿Qué pretendes?

–Reírme en tu cara, y para que sepas lo poco que vales para esas personas.

–Eres un maldito. Púdrete.

–Vamos a ver quién se va a pudrir, cuando decida abandonar a su gallinita de los huevos de oro.

–No te llenes la boca, porque tú a mi no me has dado más de lo que yo te he podido dar. Puedes dejar de pagar la renta porque mañana mismo me voy.

–Haz lo que quieras y no jodas.

Entendí que ya no valía la pena estar a su lado. Era tonto pensar que me necesitaba. Lo tenía todo, yo no le hacía falta alguna. Hasta era posible que yo me esfumara más rápido de esta tierra, porque él sí tenía todo el dinero del mundo para alargar sus días. Me perdí por las calles de Miraflores y lo único en lo que pude concluir, poniendo en la balanza tantos años de convivencia a su lado, es que si me quedaba iba a ser eternamente su sombra, era necesario que me liberara y le demostrara con hechos que yo

podía vivir si él.

Contraté una camioneta para mudarme otra vez a Reducto. Pensar que cité al chofer en la hora apropiada para que Hernán se percatara, y no sé por qué lo hice, era como si estuviese esperando que el hiciera algo para impedirlo. Definitivamente, se dio cuenta de que lo de mi marcha era en serio. Entró a mi cuarto y me dijo de arranque que no quería pelear conmigo, que sólo quería decirme un par de cosas.

–Te estás yendo porque quieres y no sé por qué lo haces si acabas de quedarte sin trabajo.

–Tú nunca sabes nada cuando te conviene. Aquí no hay nada que me retenga.

–También creo que ya lo nuestro no va a funcionar más.

–¡Qué descubrimiento!, ¿qué más?

–Será mejor que recibas este dinero, pero por favor deja todas lás cosas que compraste con mi plata.

–No tengo que dejarte nada, eso es lo mínimo que me corresponde después de haberte aguantado tus perradas durante todos estos años. Porque que no se te olvide que te dedique diez años de vida.

–Te estoy diciendo que te voy a dar este dinero a cambio de eso.

–Pues no me da la gana que sea así. Si quieres me das el dinero, pero yo no te dejo nada.

–Sé que vas a necesitar plata, entonces digamos que te lo presto, así que vas a tener que firmarme un recibo.

–Mejor así.

–Cuando entré te dije que no había venido a pelear. Debemos terminar a buenas maneras.

–Dices eso después de romperme el tabique.

–No te hagas a la víctima que tú te lo buscaste.

–Si no serás caradura. Deberías cuidar tu reputación en la tele y no estar haciendo esas cochinadas de buscar sexo con ayuda del periódico. Acaso crees que el conserje no se ha ganado con ese pase. Crees que la gente no sabe que metes a patas al cuarto o que te vas al hostal Géminis –con todo lo que iba soltando, su

rostro empezó a empalidecer, no se imaginó que yo pudiese estar muy bien informado de sus andanzas–.

–¿Para dónde te vas a ir?

–Vuelvo a Reducto.

–¿Vas a dejar que te visite?

–Si quieres llevar la fiesta en paz no me voy a hacer bolas.

–Está bien, cuando pueda iré a verte. Cuídate –dijo estirándome el sobre–. Te estoy dando tres mil quinientos dólares y ya te alisté el recibo.

–Sabes que tanta plata no podré devolverte.

–No estoy exigiendo que lo hagas, pero tienes que firmar el recibo –dijo estirando el papel que seguro se lo había tipeado Katiuska–.

–Nos vemos –dijo secamente y desapareció por la puerta. Una vez más me había dejado como un trasto tirado en el suelo–.

De vuelta solo, tuve mejor suerte que antes, porque logré algo que tanto quería. Me llamaron para cantar en el show de *Más locas que nunca*, una revista musical que agrupaba a todos los transformistas de moda. Volví a ver a la Cox, a Noly y a la Tinoco, quienes, curiosamente, sin Hernán de por medio, pudieron llevarse mejor conmigo.

El día del estreno para la prensa apareció Hernán, cosa que me sorprendió. Lo vi en la teleplatea, pero antes que el show terminara él se esfumó. Había ido con gente de su producción para promocionar la obra. Me imagino que se quitó por temor a la prensa.

Trabajar allí fue un gran aliciente para abrirme camino solo. Me mudé por estos lares para estar en el corazón de Miraflores y hacer nuevos planes. Sin embargo todo se fue a la borda porque, curiosamente, muchos amigos me hicieron a un lado, se me cerraron muchas puertas y el dinero comenzó a escasearme. Arni Olano se hizo el desentendido cuando fui a buscarlo, y ante eso las Prado no pudieron hacer nada; ellas me habían dicho que sí necesitaban gente para una nueva producción, pero Arni me aseguró que ya había completado su personal.

Por nada del mundo iba a prostituirme ni hacer nada parecido.

Se me dio por vender todo lo que podía, mis muebles, el microondas, el televisor y hasta la refrigeradora., y cuando ya no supe de dónde más sacar dinero para el cuarto, me tragué el orgullo y fui en busca de Hernán para que me sacara de apuros.

–Hernán, necesito que me des algo de plata para pagar el cuarto o la señora me va a poner de patitas en la calle.

–Todo el mundo viene a sangrarme, ya me estoy cansando. Creen que esto es una beneficencia. No tengo plata, yo soy pobre como cualquiera. Las cosas están difíciles, en el canal no pagan. ¿Cuánto quieres?

–Lo que puedas darme.

–Cien dólares es todo lo que te puedo dar.

–No importa, te lo agradezco.

–Nada que gracias, mínimo un chape –dijo insinuante–.

–Te estoy pidiendo ayuda, no he venido a prostituirme. Más bien dime cómo estás de salud, que es lo que más debería preocuparte en vez de pensar en otras cosas.

–No vez, empecé a inflarme como un chancho con tanta medicina. ¿Y tú?

–Estoy descuidando mi alimentación.

–Trabaja pues hombre.

–Sí, pero ni Calín tiene un cachuelo para mí.

–También tú te jodiste, lo tenías todo acá y te largaste.

–Sabes bien por qué me fui, es inútil hablar de eso.

–Bueno, entonces toma la plata y arranca. Te voy dar algo más porque no quiero ver muertos feos.

–Ay Hernán, me pregunto si algún día cambiaras. Te hace feliz humillarme, ¿no es así?

No estuve ni veinte minutos en su casa y me fui en las mismas condiciones de siempre, sintiéndome poca cosa. Las pocas veces que me encontraba con él, en reuniones de amigos, siempre encontraba la forma de hacerme sentir mal. A veces sus indirectas eran muy directas, al punto que era mejor que yo me hiciera al zonzo. "La gente que insiste inútilmente en ser estrella debería dejar de perder su tiempo y meterse aunque sea de peluquero".

Tanto veneno tenía conmigo que ni cuenta se daba de que lo estaba escuchado Jossy, su peluquero. Su agresividad iba de menos a más si yo cometía el error de ponerme distante. Si cruzábamos palabras él aprovechaba para presumir lo bien que la estaba pasando con La Chula Ruperta. "Pensar que comencé con quince mil dólares y ahora estoy doblando esa cantidad. Estoy teniendo tanta plata que ni siquiera tengo tiempo para gastarlo. Ayudé a mi tío y le dije que se comprara su carro; con Katiuska y totito hice lo mismo. He pensado hacer el video clip que siempre soñé, y voy a contratar bailarines para renovar el programa. Ayy... no me puedo quejar, cholito". Por un momento creí que me estaba insinuando que tenía trabajo para mí, pero qué iluso, eso jamás había pasado por su mente. Lo que quería era lanzarme el anzuelo, y yo, tonto, caí. "Ojalá que te acuerdes de mí cuando contrates a los bailarines", y vaya respuesta que me dio. "Imposible, tiene que ser un elenco profesional y no simples aficionados, ya tengo los bailarines, y todos son pituquitos".

Cada vez era más insoportable hablar con él. Calín decía que Hernán era así conmigo porque jamás perdonó que yo haya estado con otro, la primera vez que nos separamos, y que de hecho, a pesar de sus tratos, él seguía amándome, y si no fuese por su inseguridad emocional y la presión de su familia, podríamos haber tenido una relación tranquila. Calín tenía mucha razón, porque su familia, además de Katiuska y su peluquero Jossy, le metían a la cabeza que yo estaba sólo con él por su dinero y que si me seguía acostumbrando a vivir a sus costillas mi codicia podría perjudicarle con el tiempo, que si ya lo había golpeado hasta podía matarlo. Lógicamente, en esto último la familia juraba que por puro enfermo yo golpeaba a Hernán, ellos no sabían nada de las cochinadas que Hernán hacía con otros muchachos. Era pedir peras al olmo pretender que alguna vez Hernán cambiaría su comportamiento conmigo, juntos o separados, iba a ser el mismo.

Preferí entonces dejar de frecuentar a nuestros amigos para no cruzármelo en el camino. Después de haber tocado la puerta en las discotecas donde antes había trabajado, donde extrañamente no

podían contratarme con el pretexto de que no tenían presupuesto o ya tenían sus shows fijos, decidí aceptar la única oferta que me hicieron: trabajar en la discoteca Sagitario, del centro de Lima, como bailarín. Con ese dinero pude solventar algunos gastos, pero desgraciadamente no todos. Entonces, más de una vez tuve que pedirle ayuda a Hernán, hasta que después de muchas lunas Arni se conmovió conmigo y me llamó para trabajar en una nueva versión de *La jaula de las locas*, claro que a lo mejor pensó que iba a rechazar su propuesta porque él, como todo el mundo, sabía que yo detestaba hacer transformismo, pero qué iba a hacer, necesitaba el dinero. Por fin, así pude tener esperanzas de ya no seguir mendigando a Hernán.

Las cosas mejoraron pero no por mucho tiempo. Hasta me ligó grabar un comercial y un cachuelito con Sandro Álvaro, que me obligó a faltar a algunas funciones, lo que me costó una bronca con Arni, porque me botó. De esto no hace mucho, y desde entonces no he hecho más que patear latas. Por suerte tenía un dinero juntado, con eso pude concretar la producción musical que tanto quería, pero lo he dejado a medias por lo misio que estoy. No tuve más remedio que buscar a Hernán por enésima y última vez esta mañana.

No lo niego, me dio algo de envidia ver tan bonita casa, con piscina y todo. Rebalsaba la abundancia por todos los rincones. Me había abierto la puerta una empleada uniformada que me llevó hasta la terraza para que esperara a Hernán, y muy cortés me sirvió un juguito de naranja. El apareció en sandalias y una elegante bata de seda. Era increíble olerlo tan perfumado y recién bañado. Su pelo ondulado y mojado siempre me había excitado. Por un momento sentí un extraño deseo sexual. Lo saludé con un beso en la cara, cosa que para él fue una directa insinuación.

–No vas a decirme lo bonita que está mi casa, que pudo haber sido tuya si querías.

–Es muy hermosa –dije y luego fui al grano–, sabes que si estoy aquí es porque estoy desesperado de dinero.

–Se puede saber cuándo vas a perder esa maldita manía de creer que yo voy a ser eternamente tu cajero automático.

–No tengo a quién recurrir, por eso vengo aquí. Si no me vas a dar dime no y punto.

–Lo que deberías hacer es dedicarte a otra cosa, no insistas en algo que requiere de talento y neuronas para triunfar. Alexis, tú has demostrado que eres un bueno para nada. Reacciona, si no puedes ser peluquero o vender ropa, como muchos hacen, por qué no te vuelves a los barracones de donde saliste. Allí nadie te va a mirar mal, ni va a decir que eres un pobre diablo. Te voy a dar una buena cantidad, pero para que desaparezcas del mapa y me hagas un grandísimo favor.

–Sabes qué, no quiero tu plata, vete a la mierda –grité, tiré el vaso que tenía en la mano y busqué el camino a la salida.

Escuché unas risotadas de Hernán mientras en el camino me topé con la empleada, que iba a recoger el vaso roto. De pronto Hernán me alcanzó en la sala.

–Tú no te vas si yo no quiero –dijo cogiéndome de la mano, y en el acto me beso–.

–A veces pienso que voy a acabar en un manicomio por tu culpa –le dije mientras él ponía su mano, para refregarlo, en mi miembro.

–Vamos a mi cuarto antes que la empleada nos pille.

No sé cómo, pero tras casi un año de haber rechazado todo intento de intimidad con él, me encontraba ahí, completamente desnudo, dispuesto a penetrarlo, pero en un segundo recordé tanta amargura y los deseos se esfumaron.

–Podrás tener todo el oro del mundo, pero nunca más me tendrás a mí, porque no lo mereces.

–Cholito, si quieres ese billete algo tiene que costar, sino jamás te daré ni un real.

–Ten por seguro que nunca más volveré a cometer esa locura. Tú y tu dinero me importan un mísero pedo.

Me vestí y salí corriendo, tome un micro con un gran nudo en la garganta y las lágrimas bañándome la cara.

Parece que empecé a morir, y espero que cuando termine la noche se esfume todo dolor.

—No tengo a quién acudir, [illegible] aquí. Solo en ese [illegible] y gritos [illegible].

Lo que debería hacer es dedicarte [illegible] en algo que [illegible] y [illegible] para [illegible]. Más te has demostrado que ellos no sirven para nada. [illegible] no puedes ser [illegible] que [illegible] ni [illegible] que te envuelvan los [illegible] de este dolor. [illegible] a mirar más, no se [illegible] ser [illegible] por lo [illegible]. Lo ves a [illegible] humanidad, pero [illegible] no [illegible].

—Sabes que necesito la [illegible].

[illegible] que tenía en la [illegible] y [illegible] al [illegible] a la [illegible].

[illegible] de [illegible] me [illegible] con la [illegible] que [illegible] todo. Después [illegible] con la [illegible].

—Te [illegible] yo [illegible] que [illegible] en la [illegible] y el [illegible] me [illegible].

—A veces pienso que [illegible] en [illegible] que la [illegible] la mano, [illegible] en mi [illegible].

—Vamos a [illegible] que lo [illegible] nos [illegible].

—No [illegible] veces [illegible] todo [illegible] de [illegible] como [illegible] de [illegible] que [illegible] en [illegible].

—Todo [illegible] el [illegible] más [illegible] aunque [illegible].

—[illegible] quiero [illegible] que [illegible] y [illegible] todo.

—[illegible] por [illegible] que [illegible] ahora [illegible] y [illegible] importan [illegible] mucho [illegible].

[illegible] con [illegible] en la garganta y [illegible] de [illegible].

[illegible] que [illegible], [illegible] que [illegible] noche se [illegible] todo [illegible].

CAPÍTULO V

CUANDO TERMINE LA NOCHE

Ojalá no sea un sueño. Luces en fantásticos colores iluminan mi cabello engominado y yo estoy en pleno escenario, la gente me ovaciona, les gustó mi canción. Veo a papá y mamá en primera fila, están orgullosos de sus hijo, se les nota en esas caritas felices. No estás tú, pero no importa, respiro felicidad. Ahora estoy en camino, no sé adónde, pero me siento libre. Uy, Dios mío, estoy soñando con los ojos abiertos, un sueño, ¡no puede ser! Mis piernas ya casi no las siento de tanto estar en la misma posición, pero no estoy dormido, me ha agotado tanto haber llorado a mares, dándome de cabeza contra la pared y todos esos recuerdos. Mi mano está limpiando ese viejo espejo que está borroso con tanto aliento mío, de tanto hablar frente al espejo. Todavía estoy aquí, entre las paredes de mi cuarto, mudos testigos de mi desolación; pero realmente quisiera ignorar dónde estoy y quién soy. Quisiera ser una pelusa libre en el espacio, sin necesidad de vida, sin necesidad de hambre, sin necesidad de amar y ser amado, un orgasmo eterno. Asomo a la ventana y no hay cuándo termine la noche, cómo se ve que aún hace falta vaciar lo que hay aquí adentro, porque tal vez para mañana ya sea demasiado tarde. Lo único que puedo dejar son palabras que espero que no se las lleve el viento. Ustedes no están donde ahora me encuentro, están donde les toca estar, pero, por favor, intenten oírme con el corazón, no sea que mañana estén aquí.

HERNÁN: Sólo quería que tu corazón fuera mi refugio, ¿eso

fue pedir demasiado? A veces soy algo torpe, en vez de llorar río nerviosamente; en vez de vivir, muero. Debí comprender que te hallé ya lastimado y que no buscabas otra cosa más que herir para vengarte, y, lógicamente, quién si no yo tenía que servirte para eso. No importa, tardé un poco en darme cuenta, pero yo también estoy haciendo lo mismo, pero a mi modo. También tenía que herir a alguien antes de empezar a lamentarme por el rumbo que han tomado las cosas, y ese alguien que escogí fui yo mismo, no tú, no te equivoques. Tú me pusiste la soga pero yo me ahorqué. No escucho el látigo de tus palabras, pero siento piedras y lanzas, sin embargo ya no habrá peor dolor. Me gustaría que tú te liberaras Hernán, no es nuestra enfermedad la que nos ha hecho presos sino nuestros actos; puedes ganar un millón de amigos y mil cosas materiales, pero no lo hagas a costa de perder tu conciencia. Fuimos débiles matas enredadas en el fondo de un abismo, ése fue el lugar que buscamos, y sólo nosotros somos culpables de nuestras desgracias. Este silencio es tan intenso que logro oír a Dios. Dice que tiene formas extrañas de darnos duras lecciones, pero difícilmente puede garantizar que las aprendamos. El hombre tiene que aprender a aprender, Él sólo es una guía en la vida. Tal vez no aprendí la lección, pero otros pueden hacerlo.

¿Quieres que te diga una cosa Hernán? Pude hacer algo sin ti, ésta es la muestra y, como te lo repito, me lo hice a mí mismo. Da miedo pensarlo, pero ya mi pensamiento está en blanco. Me siento como en el cuento de la lámpara de Aladino, cuando el personaje desperdicia su tercer deseo antes de acabar de comprender lo que ha hecho; tal vez haya perdido la oportunidad de ser feliz, pero no la valentía de delatar mi propia vida a cambio de que otros no repitan nuestros errores.

PAPÁ Y MAMA: Me dolió que alguien a quien quise mucho en todos los años que le dedique nunca haya dicho te amo. Será que cuando salen fácilmente esas palabras es cuando menos se ama o qué sé yo, pero el caso es que yo nunca se los dije: los amo de verdad. Si se equivocaron, yo me equivoque más. No fui lo que soñaron, pero se que me aman y eso es demasiado para mí,

en mi pobreza tengo ese tesoro. Cuando era pequeño, papá, no había nada más grato que tu retorno del trabajo, no sabes cómo extraño los paseos en bicicleta. Cuando tardabas tanto me angustiaba mucho esa espera. Es tan agotador esperar, papá, sobre todo cuando se espera felicidad. ¿Será que un día estuvo en casa y no nos dimos cuenta?, ¿por qué a veces eso le pasa a todo el mundo? ¿Habrá tantas preguntas que jamás sabremos respondernos? Pero de una cosa estoy seguro, si ustedes se lo proponen, en casa aún puede reinar el amor. Mis hermanos ya están tomando sus propios caminos, pero promete que tú y mamá se darán un tiempo para decirles que los aman, no basta con que lo sobreentiendan. Perdonen mis locuras.

QUIEN QUIERA QUE SEAS: No hay ser humano que no busque su felicidad, ni existen fórmulas para hallarla, porque a veces la tenemos cerca y no nos damos cuenta. Pero la felicidad es imposible alcanzarla si no tenemos amor propio, si no cuidamos nuestro cuerpo y alma, si lo contaminamos, si lo lastimamos. Dañé mi cuerpo y me arrastré a la infelicidad, no hagas lo mismo y aún estarás a tiempo de ser feliz si crees que no lo eres, y si sientes que sí, con mayor razón. Es un disparate que por rechazar el uso del condón nos ganemos la desgracia eterna. La infelicidad es el premio a ese rechazo, a ese falso mito de que no se puede llegar al orgasmo si hay condón de por medio. No importa que seas hombre o mujer, soltero o casado, homosexual o no, el caso es que el condón es el único que te puede librar de no ser un seropositivo y de no transmitirlo si por esas cosas del destino ya eres portador. Si estás cerca de un seropositivo, primero, no lo ignores y dale el mejor de tus abrazos, porque con eso le estarás prolongando la vida; si lo repudias serás peor que un criminal; y, segundo, nunca pienses que tú jamás serás un seropositivo, porque nadie te lo puede garantizar.

A MIS VERDUGOS: No es que quiera ponerme en plan de víctima, porque yo he sido mi peor verdugo. Cuando los he tenido cerca he sentido ese olor a rancio, a carroña. Quería verlos muertos porque cometieron un crimen, y el crimen debe ser casti-

gado. Hubiese querido, si no la muerte, un castigo tan doloroso como el que yo mismo he recibido, porque no han sido menos inmisericordes que yo. Pero ahora me retracto de lo que pensé, pues cuando uno tiene tanto odio en el alma es difícil conciliar el sueño, es difícil hallar paz. Si yo quiero el perdón, cómo pedir para mí y no para otros. De verdad, lo que menos quisiera es que, siendo alguno de ustedes homosexuales como yo, vivan en carne propia lo que es ser seropositivo o que ustedes, mujeres u hombres, sufran al descubrir que su hijo, hermano o pareja esté infectado. No debiéramos ser ni verdugos ni víctimas, deberíamos ser lo que se supone que somos: humanos.

Mi voz se apaga, mi carne sigue trémula, pero se terminó la noche y parece que ya no hay más palabras.

INDICE

CONTINUARÁ...

S/. 10

